

ÉRASE UNA VEZ LA GEOLOGÍA

2



**Segundo Certamen de Relatos Geológicos
Geodivulgar: Geología y Sociedad
(2015)**

ÉRASE UNA VEZ LA GEOLOGÍA

2

Selección de Relatos Presentados al II Certamen de Relatos Geológicos

Organizado por el Proyecto Geodivulgar: Geología y Sociedad



A nuestros seres queridos

A la Sociedad en su conjunto

Organiza: Geodivulgar: Geología y Sociedad (PIMCD 21 – 2015). Universidad Complutense de Madrid (UCM).

Autores: Ignacio Yélamo Mayorga, Alejandro Cortés Flórez, Nendo Dango, Stefania Shamuells Panesso, Manuela Mediano Cortés, Sara María Alarcón Miguez, Nerea Gómez Múgica, Sergio Rodríguez García, Laura González Acebrón, Isabel Rodríguez García de Castro

Editores: Sergio Rodríguez García, Núria Iglesias Álvarez e Isabel Rodríguez García de Castro

Colaboración Editorial: Alejandra García Frank, Omid Fesharaki y Roselis Salazar Ramírez

Diseño Interior y Maquetación: Sergio Rodríguez García y Núria Iglesias Álvarez

Diseño de Cubierta: Omid Fesharaki y Daniel Hontecillas Tamayo

Ilustraciones: Stefania Shamuells Panesso (páginas 33, 41 y 79), Sara María Alarcón Miguez (páginas 17, 59, 65 y 71), Daniel Hontecillas Tamayo (cubierta).

1ª Edición, febrero de 2016 (Madrid, España)

Impreso por KIORA PUBLICIDAD S.L. En San Sebastián de los Reyes, Madrid

© Los derechos de cada relato son de su autor.

© Los derechos de cada ilustración son de su ilustrador.

© Los derechos de la obra en su conjunto son de los editores en representación de Geodivulgar: Geología y Sociedad.

El Proyecto Geodivulgar: Geología y Sociedad y los editores no se hacen responsables de las imprecisiones geológicas que pudiesen existir en los relatos incluidos en este volumen.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra mediante cualquier recurso o procedimiento sin permiso de los editores, autores e ilustradores. Esta obra puede ser utilizada con fines divulgativos y didácticos sin que ello conlleve beneficio económico alguno.

Miembros del Proyecto Geodivulgar: Geología y Sociedad (PIMCD 21 – 2015)

Alejandra García Frank (Investigadora Principal – Paleontología – UCM)
Carlos Alonso Recio (Paleontología – UCM)
Mario Arribas Sánchez-Camacho (UCM)
Mélani Berrocal Casero (Paleontología – UCM)
Amelia Calonge García (UAH)
María Luisa Canales Fernández (Paleontología – UCM)
Pedro Cózar Maldonado (Paleontología – UCM)
Isabel Díaz Megías (Paleontología – UCM)
Omid Fesharaki (Paleontología – UCM)
Rubén García Hernández (UCM)
Miguel Gómez Heras (CSIC, UCM)
Laura González Acebrón (Estratigrafía – UCM)
Lorena Gonzalo Parra (Mediadora FOAPS)
Daniel Hontecillas Tamayo (MNCN)
Núria Iglesias Álvarez (Paleontología – UCM)
Gemma Martínez Gutiérrez (Paleontología – UCM)
Begoña del Moral González (IGME)
María Belén Muñoz García (Estratigrafía – UCM)
Tania Navalpotro Gordo (UCM)
Killian Portales Dalton Nuñez (UCM)
Rocío Rico Arjona (Paleontología – UCM)
Ana Rodrigo Sanz (IGME)
Sergio Rodríguez García (Paleontología – UCM)
Isabel Rodríguez García de Castro (UCM)
Sara Sacristán Horcajada (UCM)
Roselis Salazar Ramírez (Paleontología – UCM)
Graciela Sarmiento Chiesa (Paleontología – UCM)
Irene Taboada Trujols (UCM)
María Soledad Ureta Gil (Paleontología – UCM)

Jurado de la Modalidad Adultos

Alejandra García Frank
Miguel Gómez Heras
Laura González Acebrón
Begoña del Moral González
Tania Navalpotro Gordo
Ana Rodrigo Sanz

Jurado de la Modalidad Juvenil

Amelia Calonge García
Omid Fesharaki
Killian Portales Dalton Nuñez
Roselis Salazar Ramírez
Graciela Sarmiento Chiesa
María Soledad Ureta Gil

Índice

Prólogos	
Prólogo de Lorena Ortega Menor	11
Prólogo de Alejandra García Frank	13
Relatos Ganadores	
Devon (Modalidad Adultos)	15
Un viaje a Hawái (Modalidad Juvenil)	31
Relatos Finalistas	
El recolector (M.A.)	39
En la brecha (M.A.)	57
La cueva de los dragones (M.A.)	63
La venganza de Namalyari (M.A.)	69
Las mejores cosas pasan cuando menos te lo esperas (M.J.)	75
Relatos de miembros del Proyecto Geodivulgar	
La momia de Colmenar	83
Postdoctoral onírica	93
El hielo de Decepción	97

Prólogo

Cuando los organizadores del II Certamen de Relatos Geológicos me propusieron escribir este prólogo acepté sin pensarlo dos veces. La idea de convocar un concurso de relatos con la Geología como hilo conductor me pareció muy acertada en nuestro objetivo común de divulgar esta ciencia tan apasionante y a la vez tan desconocida.

Para quien se ha dejado seducir por la Geología nada hay más evocador que la Tierra: una larga historia que se pierde en el tiempo, rocas de distinto origen que han ido conformando continentes y fondos oceánicos, masas continentales que se mueven flotando como barcos de papel en un manto viscoso que fluye, placas que se hunden provocando terremotos y magmas que vuelven a ascender, volcanes que rugen expulsando lava, la vida abriéndose paso, extinguiéndose y volviendo a renacer. ¿Acaso no parecen historias fantásticas, producto de la imaginación? Pero ahí están las huellas, los rastros que los procesos geológicos han dejado para que la curiosidad infinita del ser humano, de los geólogos, los pueda reconstruir.

Compartir la fascinación que el conocimiento de la Tierra produce es una de las tareas más apasionantes que nos pueden ocupar. Esta fascinación se adivina en cada uno de los relatos que componen este libro. Todos estos cuentos tienen la virtud de ayudar al lector a ver una realidad muchas veces invisible para los *no iniciados*. Los paisajes, las rocas, las historias y los seres que pueblan nuestro planeta se muestran desde la perspectiva de una mirada diferente, la que proporciona la Geología a aquellos que se han dejado conquistar por ella.

Quiero terminar con un sincero agradecimiento a los participantes en esta iniciativa. A Geodivulgar, por la organización de este certamen. Y a los escritores, por sus relatos, por compartirlos con nosotros y por su contribución al esfuerzo colectivo de acercar la geología a la sociedad. A todos, gracias en nombre de la Facultad de Ciencias Geológicas y de la Universidad Complutense de Madrid.

Lorena Ortega

Decana de la Facultad de Ciencias Geológicas UCM

Madrid, 1 de febrero de 2016

Prólogo

Querido lector:

Muy pronto vas a sumergirte en un mundo donde descubrirás a protagonistas con nombres geológicos que viajan a islas exóticas o personajes que nunca olvidan de incluir en sus maletas la brújula de geólogo o el cuaderno de campo. Vas a ser partícipe en primera persona de la ira de los volcanes y leerás testimonios sobre el fuego y el infierno. Las rocas desvelarán para ti todas sus confidencias y sensaciones, sus secretos y opiniones.

Podrás entrar en cuevas labradas para fabricar “jabones geológicos”, impregnadas desde antaño de historias mágicas, vivirás aventuras junto a una “Guardiana de las piedras”, protegiendo antiguas instrucciones de hombres del futuro, y conocerás como un joven *ammonites* revolucionario pone patas arriba las ideas de sus conciudadanos al destapar el legado geológico de su pueblo.

Todo esto es posible gracias a los “geoescritores” que han querido compartir su creatividad con nosotros participando en esta segunda convocatoria del Certamen “Érase una vez la Geología”. En continuación con el proyecto del año pasado, hemos animado a los participantes a escribir relatos donde se ponga en relieve la Geología, y es maravilloso descubrir como la sociedad hace suyos los conocimientos geológicos y los transforma en unos relatos tan diversificados e imaginativos.

Esta convocatoria hemos querido ampliar la intervención en esta obra a ese segmento que no había podido participar de manera formal en la primera edición: nosotros, los propios miembros del Proyecto Geodivulgar. Aunque estamos encantados de

participar en el proceso de selección y edición de los relatos presentados al certamen, en esta ocasión varios de nuestros compañeros aportan su visión de la geología con 3 relatos fuera de concurso.

Finalmente, querido lector, esperamos que estos relatos te sirvan de motivación para acercarte un poco más al mundo de las Ciencias de la Tierra, con una visión mucho más amplia y amena. Todos los “geoescritores” mencionados son los responsables de que gracias al volumen que tienes en tus manos, puedas acceder a un vasto universo de historias maravillosas.

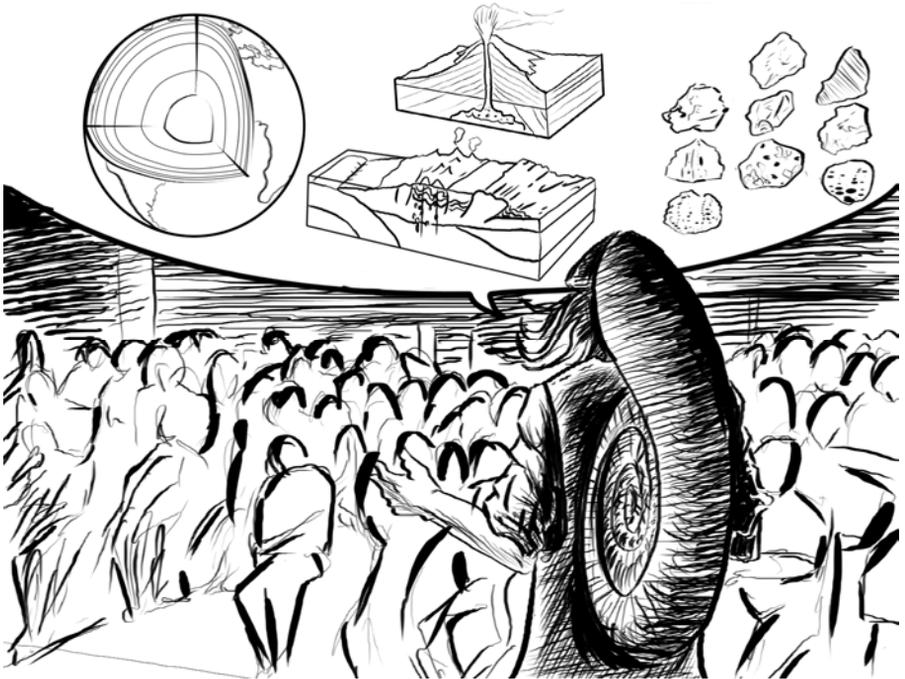
¡Feliz lectura!

Alejandra García Frank

(Responsable del Proyecto de Innovación y Mejora de la Calidad Docente Geodivulgar: Geología y Sociedad)

Madrid, 29 de enero de 2016

DEVON



IGNACIO YÉLAMO MAYORGA Nació en Málaga en 1991. Estudió Ciencias Ambientales, y en 2015 marchó a Madrid para especializarse en gestión hídrica. Apasionado del sentir, de la música y la poesía, del baloncesto, del entusiasmo y de las historias humildes.

Cuando se encontraba en ese estado no existía nadie a su alrededor. El tiempo corría a otro ritmo, la escala cambiaba de dimensión, los problemas parecían tener sentido y el mundo parecía menos extraño, más tangible.

Cuando se encontraba en ese estado Ammo era feliz.

La mayoría de las veces no le molestaba nadie, “me tomarán por loco” se autoconvencía él. Pero en otras ocasiones sí que se paraban algunos curiosos, valientes ante todo, y le preguntaban, unos con delicadeza, otros con esa tosquedad en la que la curiosidad venció a la vergüenza.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo? —Le preguntó una voz madura y titubeante.

Ammo se volvió, apartando de un plumazo sus hipnóticos pensamientos y vio la cara de aquel viejecillo. El tono de voz había sido educado, pero su cara mostraba una expresión entre incredulidad y sorpresa.

—¿Ocurre algo? —Le espetó Ammo. Siempre respondía de la misma forma. Le gustaba ver la reacción del oponente.

—¿Cómo que si ocurre algo? Está usted danzando de un lado a otro, arrancando y rompiendo dioses saben qué cosas. Está asustando a los niños y... ¡mire, está entorpeciendo el tráfico! Es un peligro... Usted me perdone, pero creo que no está en sus cabales.

Ammo giró sobre sí mismo percatándose de la escena. Su arsenal de trabajo se había desparramado, seguramente debido al trajín de sus acciones. Y, además, era cierto que en esa ocasión había recogido y removido demasiado material del

habitual. Sin darse cuenta había montado un buen sainete en pleno centro.

–Discúlpeme buen señor, parece que esta vez la efusividad y mi sempiterno desorden han podido conmigo. Recogeré mis cosas e intentaré actuar más calmado. –Respondió Ammo, con una sonrisa en su rostro, sabiendo que la curiosidad de aquel viejo aún no se había saciado.

–¿Pero qué está haciendo exactamente?

Ammo, que ya esperaba esa pregunta, le hizo un gesto para que se acercara. Le encantaba explicar sus teorías al resto. Lo que no le gustaba, la mayoría de las veces, era la reacción que tenían.

–Estoy analizando cómo era antiguamente esta región. Qué procesos han ocurrido y cuáles ocurrirán. Mire este trozo de piedra –dijo usando palabras que no asustaran al viejecillo–. Hace muchísimos años se encontraba totalmente plegado, y aquella montañita que usted ve allí a lo lejos se encontraba pegada a esta roca. Podría afirmarle que toda esta zona estuvo repleta de corales. Las condiciones ambientales eran muy diferentes. Y, ¿sabe qué le digo? Que volverán a cambiar.

El viejecillo se mostraba atónito, con una expresión encaminada a la sospecha. Ammo prosiguió –¿Ve esta pequeña piedra? Pues proviene del interior mismo de la Tierra debido a que... – El viejo retrocedió hacia atrás alejándose poco a poco, refunfuñando entre susurros: “Está loco de remate..., montañas que se mueven dice..., una piedra del interior de la Tierra, anda ya...” De ese estilo fueron las frases que Ammo pudo intuir antes de perder de vista al viejo. Se dispuso a recoger los

materiales y a volver a casa, pero justo cuando se marchaba oyó una joven y alegre vocecilla detrás de él.

—¿De verdad que las montañas se mueven señor? ¿Y que las piedras provienen del interior de la Tierra?

Ammo se volvió y vio a un pequeñín con cara de entusiasmo, como si hubiera visto cara a cara a la magia.

—Exactamente amigo. Y muchas cosas más impresionantes que no entrarían en la cabeza de la mayoría de nuestros vecinos.

—¡Quiero saberlas! Cuénteme por favor.

—Hoy ya se ha hecho tarde. Pero mañana volveré después del almuerzo. Así que si quieres aprender, aquí me encontrarás encantado— le respondió Ammo agradablemente. El pequeño asintió feliz y se marchó despidiéndose. Ammo se quedó observándolo. Una de sus pasiones era la de enseñar a los niños. Pensaba que ellos miran con una visión transparente, que observan sin catalogar ni juzgar, apreciando la belleza y esencia de las cosas...Y así le gustaba ser a él.

Le había gustado mucho aquel pequeñín. Esa ilusión y entusiasmo... Además, era de su misma especie. Le recordaba a cuando él era un pequeñísimo ammonites.

Ammo recogió sus cosas y se puso en marcha. Aprovechando una corriente y usando las cámaras internas de su concha se impulsó paralelo al fondo oceánico, inmenso y, ya a esas horas de la tarde, oscuro. Recorridos ya unos metros logró apreciar el cartel de entrada a su pueblo. Bienvenidos a Devon.

El pueblo Devon era un lugar sencillo. Se vivía y crecía en paz, siempre que se respetaran las creencias populares, no se pusiera en entredicho al consejo de sabios, y no se tuvieran ideas revolucionarias o demasiado “extranjeras”. Por esto último, Ammo no era del todo aceptado en aquel lugar. De no ser por La Encantadora Boeda¹, la madre adoptiva de Ammo, ya lo habrían desterrado en más de una ocasión.

El consejo de sabios de Devon lo integraban unos tiranos, arcaicos, clasicistas, corruptos y xenófobos personajes. Mandaban al rebaño, que debía creer y hacer lo que ellos creyeran oportuno. Una figura se alzaba sobre el resto: el alcalde Pori. El pueblo crecía alrededor de su sésil figura. Enmascaraba su arrogancia y corrupción con una aparente amabilidad.

El resto del vecindario eran especies de bien, simples, que se dejaban manipular y robar, a cambio de una concha cómoda y una vida sin mucho ajetreo, ni mucho que pensar.

–¡Ptera²! Podemos hacerlo. Cambiaremos las cosas y el consejo de sabios dejará de mover los hilos a su antojo. ¿No estás harto ya?

–Pues claro Ammo –le respondió su amigo en un tono más serio del habitual– pero, ya sabes, todo eso lo veo misión imposible. Siguieron su apacible paseo por las afueras del pueblo. A lo lejos vieron una figura que aún no se apreciaba si se alejaba o se acercaba a ellos.

–Sólo tienes que mirar a Boeda –prosiguió Ptera– tiene unas ideas apasionantes para mejorar la vida en el pueblo, es inteligente, innovadora, honesta... –Ammo asintió, confirmando todas esas virtudes. –Es mejor que todos esos bichos del

consejo juntos. Pero nunca la tendrán en cuenta, sólo por el hecho de ser hembra...

–Ya lo sé Ptera... pero es nuestro deber intentar cambiar estas injusticias.

–Bueno, ¿qué tal con tus estudios... uhm, cómo los llamabas?, ¿geológicos?– Ammo, tras explicarle por enésima vez lo que englobaba la geología, le puso al día de sus nuevos avances e hipótesis.

–Sigue mi consejo Ammo. No digas todo eso en voz alta. Ya sabes cómo son los mandamases. Si escucharan tus teorías... probablemente esta vez sí que te expulsarían de aquí para siempre.

–¡Estoy cansado de no poder decir la verdad! Es hora de que se sepa cómo funciona la Tierra realmente. Cómo fue y cómo será. Tienen que dejar de creer que todo lo que vemos es creación de esos ridículos dioses. Estoy esperando el momento, pero lo haré.

Los dos se quedaron callados. Ammo pudo notar la decepción en el rostro de Ptera. Sabía que su amigo no soportaría que lo desterraran. Eran mejores amigos.

Ammo observó el aspecto guerrillero y caballeresco de Ptera con aquella especie de sables y ese casco en la cabeza. Apariencia que le iba que ni pintada con su *hobby* preferido: las historias de batallas de guerra. Por fuera quizás parecía frío y distante, pero era el tipo con más corazón que había conocido nunca.

Ammo optó por cambiar de tema. Pero justo cuando iba a rogarle a Ptera que le contase alguna de sus siempre épicas batallitas, una voz grave y tosca les sobresaltó. La silueta que vieron a lo lejos había llegado hasta ellos. Se trataba del viejo Platy³.

–Ya estamos... –Suspiró Ptera

–¡Jovencito! Sí, tú –dijo señalando a Ammo– me he enterado que has estado enseñando tus oscuras y descabelladas teorías por ahí. Y que incluso estás lavando la cabeza a algunos infantes.

–Lavado de cabeza...el que usted tiene –dijo Ammo desafiante.

–¡Mal nacido! Blasfemar sobre nuestras creencias es intolerable. ¡Brujo! Conseguiré echarte de este pueblo. Recuerda mis palabras.

–Vamos Ammo, no merece la pena–. Ptera agarró a su amigo y reanudaron la marcha ignorando al viejo Platy. Ptera miró a su amigo sin decir nada. Sabía que estaba dolido. Lo que no sabía era que en el alma de Ammo se había gestado una idea que no tendría marcha atrás.

Por fin llegó el día esperado por Ammo. Aquella mañana estuvo charlando sobre la vida con Boeda. Ella tenía una de esas voces que te reconfortan sólo con escucharla, y esa tranquilidad y paciencia que te otorga el tiempo derramado en vano. Boeda había sufrido mucho, pero supo aguantar a la vida. Adoptar a Ammo fue lo mejor que había hecho.

–¿Vas a ir esta noche al congreso?

–Pues supongo que sí hijo. Ya sabes que me gusta estar informada de las novedades del pueblo.

Ambos se miraron y se sonrieron complacientemente. Ammo intuía que su madre ya sabía de su plan.

–Buenas noches conciudadanos. Me dispongo a inaugurar el congreso en el que trataremos las novedades y las nuevas leyes para el pueblo. Les advierto, serán leyes duras. Pero ya saben, queridos vecinos, que todo es por el bienestar de nuestros dioses.

El alcalde Pori, después de su impertérrito discurso, y secundado por su núcleo de sabios, comenzó a informar al pueblo de las nuevas reformas.

Leídas ya unas diez reformas, todas ellas encaminadas a trabajar más, cobrar menos y vivir peor, se oyó un fuerte portazo. Para sorpresa de todos, y cólera del alcalde, se trataba de Ammo. Todo el congreso quedó en un aterido silencio.

–¿Se puede saber qué pretende señorito Ammo? –dijo el alcalde visiblemente intranquilo.

–Vengo a decir algo importante.

–Pues espérese al turno de ruegos y preguntas.

–Lo haré ahora alcalde, es importante.

El alcalde Pori, enfadado, le dio la palabra. “Cuanto antes terminase mejor” pensó.

–He venido a informar a todos sobre mis nuevos estudios –pudo notarse en el ambiente la descomposición en los rostros del

consejo de sabios, incluido el del viejo Platy– lo que digo es LA VERDAD.

Ammo comenzó a contar sin tapujos sus teorías. Contó acerca de la formación de la Tierra, la tectónica de placas, las diferentes capas que la componen, los tipos de rocas, las formaciones montañosas... En poco tiempo regaló a los asistentes una impresionante y didáctica clase magistral de geología, dejándolos a todos estupefactos. Finalmente contó que la Tierra está en continuo cambio y que las condiciones futuras serían muy distintas a las del momento.

Todos los asistentes se quedaron como en estado de shock. Si habías estado durante toda tu vida creyendo que el suelo que pisas era resultado de una batalla entre dioses, y que las rocas eran creaciones mágicas... era muy difícil creer lo que contaba aquel ammonites.

La mayoría lo tachó de loco, otros pensaron que algo de lo que contaba podría ser cierto, y el resto, ante la convicción del discurso y al ver que todo lo que había contado encajaba, creyeron en él.

Fue entonces cuando la furia de los sabios se hizo notar.

“¡Esto es inadmisibile!” “¡Blasfemo!” “¡Brujo mal nacido!” “¡A la hoguera!” “Es un enviado del infierno, mirad la marca que tiene en la concha, es el símbolo del mal”. Este último se refería a una marca de nacimiento en forma de luna que Ammo siempre tuvo en su concha. “¡Al destierro!”

Los insultos de los sabios fueron subiendo de tono. Algunos vecinos se sumaron a la lista de improperios. El alcalde Pori hizo resonar su voz para poner orden.

–¡Silencio! Es muy grave el discurso que acaba de soltarnos Ammo, lo sé –los sabios seguían gritando enardecidos– ¡Por favor! Antes de tomar represalias ante semejante abuso de la mentira, voy a dar una oportunidad: retira lo que has dicho, señorito Ammo, o serás desterrado para siempre de Devon.

El silencio volvió a la sala. Ammo tenía muy claro lo que decir:

–Dentro de miles de años existirá más de un continente, habrá montañas que superen cualquier altura, la vida se desarrollará fuera del agua y nuevas especies y nuevos mundos resurgirán.

Los sabios y parte del pueblo sacaron a relucir de nuevo los gritos de guerra. Algunos empujones comenzaron a verse en la sala y la tensión iba creciendo.

Ammo sabía lo que le venía encima. Había renunciado a todo lo que tenía; a todo, menos a la verdad.

El consejo de sabios firmó sentencia en tiempo record y Ammo tuvo que abandonar inmediatamente el pueblo. Ni siquiera le dejaron despedirse de sus seres queridos. La rabia y odio en los sabios era incontrolable. Estaban tratando a Ammo como a un criminal... Los más arcaicos soñaban con la muerte de Ammo, y alguno que otro se lo dijo a la cara.

Ammo se sentía devastado. Notaba en sus cavidades un eco de oscura impotencia y rabia. No lograba entender ni asimilar el odio con el que le habían tratado. Sus tentáculos rechinaban por los nervios y excitación que sentía.

Las palabras de aquellos sabios, eruditos que miran por encima de sus conchas y tentáculos, y que hablan con esa superioridad que sólo los imbéciles pueden tener, resonarían en su alma para

siempre. En ese momento creyó más que nunca en una de las pocas cosas que recordaba de su padre: “una palabra dolorosa, hijo, puede enmascarar a diez buenas”. Ni mil frases de ánimo podrían haber conseguido animarlo. Dicen que cuando la tristeza llega al alma y no encuentra esperanza con la que luchar, puedes notar un vacío en el pecho. Un agujero negro que engulle suspiros, dejándote paulatinamente sin aliento. Y que, cuando ya no le quedan suspiros, aspira los últimos anhelos, esos que guardamos en las pupilas, provocando un frío y unas gotitas que nos hacen sutilmente temblar. Una de esas gotitas se escapó de la pupila de Ammo. El mundo entonces le pareció pesado, sombrío y frío. Comenzó a avanzar lentamente sin rumbo, dejando atrás al pueblo que le vio crecer. Ya no tenía nada.

Mientras tanto en Devon, un grupo afín a Ammo, liderado por Boeda y Ptera, se reveló contra el alcalde y el consejo de sabios.

–Pori, esto ha llegado demasiado lejos. Exigimos la vuelta de Ammo y un cambio radical del consejo. ¡Estáis locos! –. Ptera nunca había oído hablar así a Boeda. Estaba furiosa y fuera de sí. “Normal” pensó Ptera... se trataba de su hijo.

El grupo rebelde se vino arriba empezando a increpar a los sabios, que tuvieron que huir y esconderse en su sala de reuniones secretas, bajo tierra.

–Esto se nos va de las manos. Tenemos que reaccionar. –dijo uno de los más nerviosos.

Empezaron a discutir sin ponerse de acuerdo. Todos gritaban. Todos, menos Depra⁴, el más anciano y tirano de todos. Un simple susurro bastó para silenciar la habitación.

–Escuchad atentos. Tengo la solución, la única solución –Depra suspiró y se dispuso a desmenuzar su plan –. Hay que encontrar a Ammo y matarlo. Diremos que se arrepintió de lo sucedido y que el único camino que encontró fue el suicidio. Diremos que encontramos su cuerpo en las afueras del pueblo con una carta de despedida. Esos palurdos nos creerán y todo volverá a estar como antes. Hay que darse prisa. No andará muy lejos. Saldremos por la compuerta trasera.

Ammo seguía desolado. Avanzaba sin rumbo cavilando en sus pensamientos. No tenía fuerzas para pensar. Sólo se imaginaba a Ptera y Boeda en el pueblo con aquellos malditos sabios. Tenía que volver...pero no encontraba las fuerzas. Se giró para echar una última mirada a Devon. De repente observó una lejana polvareda que parecía hacerse cada vez más y más grande. No pudo asimilar lo que vieron sus ojos: el consejo de sabios, armados con rostros dementes, se dirigía hacia él a gran velocidad. No tardó en reaccionar. Iban a por él.

No pensaba rendirse. No ante ese grupo de lunáticos. Lucharía hasta el final.

– Lo he perdido de vista. ¿Dónde está? –dijo el sabio que, se suponía, conservaba la mejor vista.

– Nos ha visto y ha empezado a huir ¡Vamos camaradas! –gritó otro.

Aquellos locos sabios aceleraron el ritmo. El odio les movía más rápido que ninguna otra cosa.

Estaban ya muy cerca de Ammo. La persecución parecía no tener fin y estaba oscureciendo. Si seguían así, no tardarían en

alcanzar a su presa. Ammo no sabía a dónde dirigirse. “Tengo que pensar” se dijo.

Su cabeza, acostumbrada al análisis espacial gracias a sus estudios, comenzó a discernir un plan. No tardó demasiado en encontrar una posible solución, aunque arriesgada: se dirigiría hacia la zona de corrientes e intentaría que los sabios tropezaran con alguna. Tenía que aprovechar sus conocimientos del mundo externo al pueblo.

Ammo estaba exhausto. Cada vez podía ver más cerca a los sabios, incluso ya podía oír los insultos que éstos le iban dedicando. Avanzaban más rápido que él. La ira mueve más que el miedo.

Habían llegado a la zona de las corrientes... pero allí no había ninguna. Ammo, sin fuerzas, se desvaneció. Se pudo oír un grito de júbilo procedente de los sabios, que no tardaron en alcanzar al ammonites.

–Has llegado demasiado lejos muchacho. Esas cosas que has dicho no son verdad. ¿Entiendes? ¡Nunca serán verdad! No nos has dejado otra opción.

Los sabios sacaron una especie de estaca afilada. Iban a clavársela a Ammo sin ningún atisbo de compasión.

Ammo miró hacia la superficie, a modo de despedida. Antes de cerrar los ojos pudo ver un movimiento turbulento. ¡Se trataba de las corrientes frías! Acababan de llegar.

Los sabios, ofuscados con matar de la forma más cruel a Ammo, no se percataron que una corriente se dirigía directamente a ellos. Entonces, como si de un soplido se tratara, la corriente

arrastró a los sabios llevándolos al infinito. La corriente se movía a una velocidad abismal y en pocos segundos los sabios se perdieron de vista.

Ammo se incorporó, cuidando de no acercarse a la corriente. Había vencido. Ahora podía volver al pueblo y comenzar una nueva vida. Junto con Boeda y Ptera crearían un nuevo pueblo. La vida parecía tener sentido de nuevo.

Comenzó a avanzar pero algo extraño pasaba. No podía. ¿Qué estaba pasando? No avanzaba, una fuerza tiraba de él hacia atrás, cada vez con más fuerza. Ammo miró a su alrededor por si podía ver qué estaba ocurriendo. Y entonces se percató. Se había acercado demasiado a la orilla, y la marea lo estaba arrastrando hacia la superficie. No tenía escapatoria. Cada vez notaba más el oleaje y la profundidad se iba haciendo más pequeña. En cualquier momento, una ola le lanzaría fuera del agua. A Ammo sólo le dio tiempo de pensar en Boeda, en Ptera y en aquel pequeñín ilusionado con la geología. La ola llegó y lo sacó al exterior.

Año 2015

Nacho, un alumno de geología ha encontrado un fósil. “Qué suerte he tenido” pensó. “Encontrar un fósil en medio de esta montaña”. Nacho lo cogió y lo vio de cerca. Se trataba de un ammonites. Un ammonites especial, pues tenía una extraña marca en forma de luna en la concha. Lo llevaría a la facultad para poder analizarlo bien.

Ammo, allá donde estuviera, pudo ver entonces que en la Tierra había más de un continente, que había montañas que superaban cualquier altura, que la vida se había desarrollado fuera del agua, y que nuevas especies y nuevos mundos habían resurgido.

- 1 Género: *Boedaspis*
- 2 Género: *Pteraspis*
- 3 Género: *Platyceras*
- 4 Género: *Depranaspis*

UN VIAJE A HAWÁI



ALEJANDRO CORTÉS FLOREZ Nació en Pereira, Colombia en 2001. Inició su escolaridad en su país natal, donde formó parte del Club de Ciencias del Jardín Botánico de Bogotá. Esta experiencia y el ejemplo de su madre –médica, periodista y activista ambiental– definen su interés por temas ambientales. A los 10 años de edad sale de su país, esta circunstancia despierta su pasión por la literatura, la cual ha sido reconocida a través de varias publicaciones en Uruguay, Argentina, España y Brasil. Asume el compromiso en favor de la vida,

de la palabra y del cuidado del Planeta, y eso es lo que pretende transmitir en lo que escribe.

Dicen que el nombre es un don y yo estoy convencido de ello. A pesar de que mis compañeros en la escuela se burlaban de mi nombre, a mí me gustó siempre. Cada vez que la maestra tomaba asistencia, mi nombre resonaba en el aula al unísono con la carcajada de los niños que nunca se acostumbraron a llamarme Ordovícico.

Solían apodarme de distintas maneras: Ordo, Vicico y hasta Orcico. Sin embargo, eso no me afectaba en lo más mínimo. Mi madre siempre me dijo que mi nombre correspondía al tiempo de la Tierra en el cual aparecieron los primeros peces, y fue un regalo de mi padre antes de desaparecer sin dejar huella. Aunque la verdad, la dejó y bien profunda. No sólo en mi código genético, sino también en mis inclinaciones. Nací predestinado a conocer la Tierra, a explorar sus misterios, a desentrañar los secretos que esconden las rocas y a intentar decodificar el lenguaje cifrado de sus movimientos que suelen causar estragos en todos los puntos del globo.

A la edad en la cual todos se ocupan de los videojuegos y las redes sociales, yo estaba preocupado por diferenciar las rocas ígneas de las metamórficas y de las sedimentarias. Estudié todo sobre su origen, sus procesos de formación y en mi habitación atesoré una colección de piedras de diversos tamaños y colores que conseguía en mis expediciones de ecologista precoz, y otras que me regalaba mi tío cada vez que obtenía una buena nota, lo cual ocurría con mucha frecuencia.

Y no es que fuera un niño aburrido, de aquellos que desaprenden la magia de ser niños. Simplemente, mi afición era la de estudiar las piedras y en ella volcaba toda mi energía infantil, como lo haría cualquier otro niño con su colección de

carros, juguetes electrónicos o cualquier otro objeto. Y debo reconocer que mi afición me ha valido más satisfacciones que sinsabores.

Una vez, mi madrina quedó tan desconcertada con mis conocimientos sobre rocas cuando le expliqué el origen de la piedra pómez que usaba para limarse los pies, que me prometió un viaje a Hawái, isla donde habitaba un amigo de infancia de ella que ahora era un famoso geólogo que recorría el mundo hablando sobre la Tierra, su evolución y las marcas que el hombre dejaba y podía dejar durante su paso por ella. Cuando ella me habló de esa posibilidad, encontré fascinante poder conocer el lugar del cual había leído tanto y le prometí que si el viaje era cercano, le traería una colección de piedras de adorno para su sala.

Y finalmente, tras un largo sueño, llegó el día. Arribé al aeropuerto de Honolulu donde me esperaba un hombre ya entrado en años con cara de científico loco y un cartel con mi nombre, escrito en letras góticas. Tan pronto me acerqué, el hombre me dijo: "Hola Ordovícico, estaba esperándote desde hacía mucho tiempo". El saludo me sorprendió un poco porque ni siquiera en mi casa me llamaban por mi nombre completo. Tímidamente sonreí, respondí al saludo con una mano sudorosa por el calor y la ansiedad. Después lo seguí en silencio hasta llegar al lugar de estacionamiento donde un auto antiguo, color plata lleno de imágenes de lumaquelas estampadas nos esperaba impaciente.

Y este era sólo el comienzo, porque aquel viaje fue la mayor aventura que tuve para cerrar con broche de oro mi infancia y asomarme a mi adolescencia lleno de sueños y expectativas en las cuales se entremezclaban lo lúdico, lo racional y hasta lo

mágico porque donde está el corazón, siempre habrá lugar para aquello que no podemos explicarnos desde la simple lógica.

Para empezar, llegamos a Waikiki, una playa bellísima de arenas blancas donde un grupo de duendecillos de todos los colores bailaba una música extraña alrededor de una hoguera al tiempo que hacían malabares con piedras volcánicas con sus diminutas manos. Llegué a pensar que el calor me estaba produciendo alucinaciones, pero la imagen parecía ser real. Por lo menos, tanto como mi anfitrión. Y finalmente terminé convencido de la veracidad de la escena por la guirnalda de flores que me ofreció una de las duendes del círculo, quien dirigiéndose a mí, me dijo con una voz muy suave la palabra *aloha*, cuyo significado hasta entonces desconocía.

Después de un lapso de tiempo que no podría establecer y de algunos kilómetros recorridos, llegamos al volcán Haleakala, el cual ya conocía en alguno de los atlas de mi colección, por tener el cráter más grande del mundo. Allí encontré varias rocas ígneas, que según mi anfitrión eran basaltos porfídicos a juzgar por su procedencia y su textura de grandes cristales.

Ya se aproximaba el final de la tarde y fui invitado al auto que nos conduciría a casa, a través de una carretera llena de cascadas, bosques y bailarinas adornadas de flores. Al cabo de un trayecto paradisíaco que me dejó perplejo y exhausto, llegamos a la casa de mi anfitrión, una construcción extraña, pero monumental. La ornamentación era fabulosa y a la vez natural. Había un acuario enorme de peces iridiscentes, un jardín lleno de flores de vistosos colores y pequeños arbustos de café cuya variedad se conoce en mi tierra como arábiga. Pero lo que más me llamó la atención, fue el cuadro de una mujer bellísima con cabellos dorados, vestida de fuego y adornada por una guirnalda de flores y rubíes que parecía mirarme desde más allá del tiempo.

Antes de entrar a la habitación que me fue señalada, agradecí a mi anfitrión por las aventuras y atenciones del día, pero éste con extrema parquedad se limitó a decirme que no tenía nada que agradecer; que él sólo se limitaba a hacer lo correcto. La verdad, no presté mucha atención a sus palabras que sólo comprendí años después.

Esa noche soñé con mi mamá, con Ignis, mi perrita y conmigo mismo cuando era muy pequeño y llamaba a mi papá en el patio de la casa en donde había una fuente que ahora ya no estaba y de la cual no tenía memoria hasta el sueño que me regresó al pasado. Al despertar con el sonido de un instrumento de viento que rasgaba el aire con su melodía, me sentía extrañamente emocionado y nostálgico por algo que aún no había vivido y no podía definir. Así comenzó ese día que anticipaba una expedición inolvidable. Aprendí que esa isla ubicada en el Pacífico, se formó por la emergencia de volcanes a través de un punto caliente que es un punto con alta actividad volcánica respecto a su entorno. Pero eso que parecía tan técnico, era sólo un dato que aproximaba a los misterios que encontraría apenas horas después.

Después de una jornada indescriptible de descubrimientos y aprendizajes, llegamos a un lugar llamado Nahuku , una cueva de más de 500 años de antigüedad que conduce a un bosque encantado. Mientras exploraba el lugar, encontré en una vasija de barro que parecía antigua y tenía grabadas extrañas inscripciones, un mapa dibujado en pergamino con instrucciones que conducían a un lugar y que anhelante enseñé a mi anfitrión, quien dijo como para sí que ese era un tesoro viviente al tiempo que me animaba a llegar al auto a través del mismo camino de aquella cueva misteriosa. Yo no quería perderme ningún detalle del paisaje que me rodeaba con la certeza de que ser terrícola

era de las mejores cosas que podrían pasarle a cualquier ser viviente sobre el planeta.

Mi anfitrión, cuyo nombre ni siquiera sabría pronunciar correctamente, me dijo durante el trayecto que el mapa conducía al Volcán Kilauea, una verdadera atracción turística y científica porque para el momento en el cual estaréis leyendo mi testimonio, aquella montaña de fuego lleva arrojando lava durante más de 30 años. El lugar, además de su interés para quienes amamos la geología, resultaba majestuoso e imponente, por lo cual nos limitamos a estar callados, observando lo que la naturaleza generosamente nos regalaba. Cuando me encontraba en aquel estado de contemplación, de repente vi emerger de las entrañas del volcán a la mujer cuya imagen aparecía en el cuadro de la casa de mi anfitrión. Era ella, caminaba hacia mí y me ofrecía algo que apretaba en sus manos a la vez que entonaba una canción bellísima y melancólica.

Mi anfitrión solo me decía: "No la sigas, no la escuches, puede pasar lo mismo que con tu padre". Tuve que cerrar los ojos y pensar en mi madre que me esperaba, en Ignis, mi perrita; en mi madrina y en el futuro que esperaba por mí. Mientras pensaba y evitaba la voz melodiosa de aquella deidad extraña, agarré con fuerza un puñado de piedras que estaban a la distancia de mis manos. Después, no sé cuánto tiempo pasó y ni siquiera qué sucedió, pero cuando volví en mí, estaba en mi cama con Ignis estropeando las cobijas que tanto necesitaba en aquel invierno y apretando entre mis manos una guirnalda, una brújula y un libro rico en ilustraciones a todo color, con una dedicatoria que decía:

"La Tierra desvela sus misterios a quien la sabe amar y contemplar con respetuoso asombro. Estoy orgulloso de ti. Siempre a tu lado, tu padre."

Ha pasado mucho tiempo y desde la altura de mis años, apenas consigo contar lo que aconteció, pero no tengo una explicación lógica. Después de “mi viaje”, me dediqué a preguntar cuánto tiempo estuve fuera, pero no conseguí dar cuenta de mi ausencia. Mi madre me dijo que nunca me ausenté y que todos los días estuve en casa desordenando el jardín y jugando con Ignis. En la escuela, no reportaron faltas y mi madrina me dijo que la perdonara, pero que lamentablemente no podría cumplirme su promesa de enviarme a Hawái donde su amigo porque no conseguía establecer comunicación con él por medio alguno.

Yo no tuve otra alternativa, sino creer que todos tenían razón y que mi aventura, sólo había sido un sueño. Con el tiempo, terminó no importándome porque siempre fui y he sido coherente con ese sueño. Fue así como aprendí que mi camino sería estudiar todo lo que tuviese que ver con esa casa grande y maravillosa, llamada Tierra.

Fue así como tuve la oportunidad de viajar y conocer lugares maravillosos y personas increíbles que tejían historias influidas por su entorno, por su percepción de los lugares de sus ancestros y que les fueron legados. Siempre, en mis conferencias, comienzo por decir: Se trata de un lugar maravilloso llamado Tierra que nos da todo y al que frecuentemente olvidamos.

Hoy hago un poco más que coleccionar piedras y viajar a lugares extraordinarios dormido o despierto. Intento encontrar y compartir nuevas claves para que en esa casa magnífica e inigualable que es nuestro planeta, cada uno sin importar su etnia, su nacionalidad, su capacidad adquisitiva, encuentre en la Tierra su lugar para transitar en paz y disfrutar de su estadía con

responsabilidad y cuidado por lo que dejará a sus futuras generaciones.

Ya no intento convencer a nadie de la veracidad de aquel viaje que me cambió la vida y que me enseñó el valor de los sueños, pero cuando veo en mi estudio la urna que hice construir para una guirnalda que se niega a marchitarse y un puñado de piedras basálticas, no puedo dejar de sonreír. No importa que parezca excéntrico. Por algo me llamo Ordovícico y me siento orgulloso de mi nombre.

EL RECOLECTOR



STEFANIA SHAMUELLS PANESSO Geóloga graduada por la Universidad de Barcelona, nacida en Colombia hace 23 años. Ha sido vicepresidenta del SGA-SEG BCN *Student Chapter*, posee dos publicaciones en la SEM y la SGA. Apasionada de la imaginación, el dibujo y la escritura, comenzó su carrera con el objetivo de ser paleontóloga, pero poco a poco el mundo de los minerales le fue robando el corazón.

Algunos me llaman Loki 630, como el dios nórdico, otros me llaman “Alquimista”, pero la mayoría me llama El Recolector. El lugar de donde me envían es frágil y delicado, árido y en un sentido muy amplio tenebroso. Soy un viajero del futuro, del año 4630, para ser más exactos.

Nota inicial: si has encontrado este diario, querrá decir que estoy muerto, o bien he tenido la desgracia de quedar atrapado en este pasado –o presente– idílico. Estas páginas son peligrosas, por lo que ahora mismo eres responsable de cuidarlas bien. No intentes seguir mis anotaciones –ni mi pista– porque tal vez obtengas el mismo destino que yo.

Aquel día en el que leí esas frases fatales, estaba sentada en el despacho de mi abuela y acababa de encontrar aquel librito negro. Simplemente estaba aburrída, y apesadumbrada, no tenía hambre y apenas podía pensar.

Después de la muerte de mi abuela, aquel despacho ahora parecía el escenario que queda después de una guerra, mientras de fondo en mi cabeza aún resonaban las campanas de la iglesia que sentenciaban el final de la misa de entierro. Después venía el ruido del motor del coche de Rolan que me llevaba hacia el cementerio. Y al final de ese recuerdo, era cuando ponían la lápida y el ataúd desaparecía por siempre de la visión del sol de media tarde.

Incluso escuché de nuevo la voz estúpida del abogado de mi abuela, y la sala donde todos los familiares se habían aglomerado para escuchar el veredicto del testamento de la señora Montfort. Me lo había dejado todo... Y mi sorpresa se contrarrestaba con la cara de asco del resto de los asistentes.

Pero por fin había llegado a casa, y de nuevo miraba el librito negro que tenía entre las manos y me preguntaba ¿Por qué mi abuela –científica por vocación y pragmática devota– guardaba una novela de ficción encima de su escritorio? Sin duda no tenía respuesta para aquello, pero estaba muy cansada y mis ojos se cerraban, aunque antes de quedarme dormida, volví a leer la frase que me había llamado la atención: “*Soy un viajero del futuro, año 4630*”.

–Señorita Montfort ¿Se ha quedado dormida aquí? – la voz de Antoniet sonaba desde un lugar muy lejano y finalmente abrí los ojos y me encontré a la cocinera delante. –Le prepararé el desayuno.

Tomé asiento en una de esas butacas altas y empecé a devorar tostadas con mermelada mientras sacaba el librito y lo depositaba encima de la mesa.

–¿Qué has encontrado pequeña?

–¿Tienes idea de lo que pueda ser esto? –Levanté el librito para que ella pudiera verlo, pero después de mirarlo durante unos segundos se encogió de hombros y siguió cocinando. Yo volví a leer lo que me había dejado impresionada.

El mundo cambia, cambia a un ritmo vertiginoso, no puedo entender cómo puede haber cambiado tanto en solo 2000 años... Ese lugar de donde procedo es un sitio en que las reservas de mineral se han agotado, donde la superpoblación ya no existe –porque no hay población– y sobre todo, donde buscamos la manera de encontrar una solución al legado que nos han dejado el continuo de generaciones insolentes que han habitado la Tierra.

Pero esto cambiará dentro de poco, porque mediante los estudios de mis antepasados he conseguido dar con “El secreto”: transmutación, clonación y esperanza... A lo que me refiero es que podemos hacer que una sola migaja de hierro multiplique su cuantía de manera exponencial, incluso disponemos del vector inicial, lo que yo he bautizado como “Células Roca Madre” y mis compañeros “piedra filosofal”, podemos inyectarlo en la Tierra para reproducir –sin la lentitud del tiempo geológico– el proceso de crecimiento y cristalización que antaño ocurría formando los grandes depósitos que explotamos sin medida. Pero nada es tan fácil... El vector inicial necesita algunos parámetros, un núcleo al que pueda imitar y de ese modo empezar su programa.

He sido enviado en esta misión para recolectar muestras de diferentes minerales que actuarán como “Núcleos”. Debo llevarlas al año 4630 con la esperanza de poder erigir una nueva civilización en las cenizas de lo que quedó después de nuestra decadencia y posterior extinción masiva del 4600.

Tengo miedo, este tiempo es muy diferente y no sé si podré cumplir las expectativas del Mariscal. Tiene a mi familia retenida y es obvio que si no consigo los Núcleos, los aniquilaré.

El reloj marcaba más de las 12 de la noche, estaba completamente inmersa en la lectura de mi nuevo descubrimiento, poco a poco me había dado cuenta de que aquello no era una novela, sino más bien un diario. Estaba totalmente convencida después de descubrir que la letra –pese a su perfección– no estaba impresa, sino escrita a mano. El personaje llamado Loki 630 relataba una serie de sucesos que le habían llevado por “nuestro mundo” en busca de un total de 69 núcleos con los que debía regresar a su tiempo.

Aquella tarde salí para encontrarme con una amiga, pero incluso antes de que ella apareciera decidí que no quería ver a nadie, terminé el batido y salí de aquel local, me metí en el coche y luego advertí que en la silla del copiloto estaba el diario. Lo cogí con brusquedad y en ese momento algo se cayó de dentro de las páginas. Cuando conseguí cogerlo y ponerlo delante de mis ojos me quedé extrañamente sorprendida al ver que lo que se había caído del librito era una bolsita hermética que contenía una pequeña piedra de color burdeos. En el plástico había una etiqueta donde ponía “Célula Roca Madre”. Lo siguiente que hice fue esconderlo de inmediato en mi bolso justo antes de que alguien golpeará con fervor la ventanilla de mi coche.

–¿Puedo hablar con usted señorita Montfort?– Era un hombre de sonrisa fácil que llevaba un traje negro.

–¿Qué desea? – respondí sin bajar la ventana.

–Me llamo Alexander Veken, soy periodista y me gustaría hacerle algunas preguntas sobre la sorprendente vida de la doctora Amelie Montfort.

Me quedé un poco extrañada, porque pese a que mi abuela había sido una reputada científica y gran interventora mediática, no tenía conocimiento de que su muerte interesara a los medios. Así que opté por esa típica frase que escuchaba siempre en la televisión.

–No voy a hacer declaraciones, gracias.

Arranqué el coche y dejé al tal Alexander con el bolígrafo en la mano.

Llegué a mi casa y decidí hacer una llamada.

–¿Hallvarð? ¿Eres tú? –dije cuando descolgaron el teléfono al otro lado.

–No, yo soy tu padre –respondieron con esa voz de malvado intergaláctico que por primera vez desde la muerte de mi abuela, me hacía reír.

–Necesito tu martillo –dije.

–¿En el sentido sexual o en el sentido estricto de la palabra? – Volví a reírme de la nueva ocurrencia.

–Ni siquiera si fueses un chico estaría interesada en el sentido estricto –respondí con perspicacia.

–Bien, entonces supongo que o bien estas desesperada o es urgente –respondió la voz original de Hallvarð.

–Puede que las dos cosas... –confesé– ¿Podemos vernos dentro de dos días en Barcelona?

–A las 14:05 donde siempre. No llegues tarde “Velázquez”. – Colgó el teléfono y yo me quedé una sensación de bienestar en el cuerpo.

La gran facultad de Hallvarð era aquella, hacerme olvidar los problemas, sacarme una sonrisa de la boca y por supuesto darme charlas sobre piedras, minerales y fósiles que casi nunca entendía. Ella era geóloga y por lo que yo llegaba a comprender –desde mi ignorancia– la geología no era una ciencia en absoluto, era una religión sectaria, que sus practicantes adoraban con más fervor que el mas fanático creyente de cualquier religión. Su manera de exponer cualquier tema

geológico era una verdadera delicia, porque te sumergía en un sinfín de preguntas, de explicaciones de cómo funcionaba el mundo, e incluso te hacía creer que lo único que en realidad importaba era saber comprender la Tierra en la que vivíamos. Para mí era espectacular, y visto desde mi visión de artista, era una manera de comprender el espacio precioso.

Para mayor satisfacción de mi amiga, al parecer sus padres –de ascendencia nórdica– habían tenido la perfecta puntería de llamar a su hija “guardián de las piedras” o algo parecido, proveniente del vocablo islandés que le daba su particular nombre. Y sin ninguna duda era la persona que necesitaba, geóloga hasta la médula y apasionada del esoterismo mágico, algo que estaba muy relacionado con una palabra que no había pasado por alto, alquimia.

–Llegas tarde Velázquez... ¿Por qué no me sorprende? –Y allí estaba, esperándome con su chaqueta de piel negra, su pelo anaranjado a lo *garçon* y dos dilataciones en cada oreja. Estaba jugando con su moneda de la suerte.

–No tengo excusa. –Sonreí y caminamos durante un rato.

Ella me explicó que había estado ocupada con su trabajo de investigación y había tenido que salir del país en varias ocasiones. Aunque sabía de la muerte de mi abuela, porque trabajaba en el CECM (Centro de Estudios Científicos Montfort), fundado por mi abuela antes de que yo naciera. Allí la noticia de la muerte de la gran maestra se había recibido con mucho pesar, y ahora seguramente esperaban que su heredera –o sea yo– siguiera siendo tan generosa como para no cerrar el centro y dejarles en la calle. Sin embargo Hallvarð no había mencionado nada sobre mi abuela, porque sabía que a mí no me gustaría que me preguntara por mi estado de ánimo. Caminamos hasta una cafetería en medio del barrio Gótico.

–¿Y bien?, me tienes intrigada, he cancelado toda mi agenda por ti –dijo con teatralidad.

–Tú no tienes agenda. –Sonreí.

Después de una pausa mastiqué las palabras que le iba a decir y poco a poco le explique lo que sabía hasta aquel momento y resumí cuanto pude lo que había leído en el diario. Ella escuchó con paciencia.

–¿Qué clase de extinción será esa?

–¿Qué? –Me quedé perpleja, pero no esperé su explicación– Pensé en ti como persona más adecuada para desvelar este misterio.

–E hiciste bien, vamos este no es un lugar seguro–. Me quedé un poco asombrada con su cambio de actitud y la seguí.

Caminamos por las calles empedradas del barrio Gótico de Barcelona, hicimos varios cambios de direcciones que yo no entendía, dimos tantas vueltas que me encontré totalmente perdida, lo admito.

–Bien ahora ya podemos hablar.

–Estamos en un lavabo... –Le dije después de que la hubiera seguido por el interior de un local hasta la parte de atrás.

–No te preocupes, no te voy a hacer nada –Sonrió–. Pero es el único lugar donde el tipo de sonrisa estúpida no podrá seguirnos. –Abrí muchos los ojos porque enseguida comprendí de quien estaba hablando.

–¿Alexander Veken? Es un periodista que quería hacerme unas preguntas sobre mi abuela.

–A veces me sorprende que seas tan ingenua–. Nos acomodamos en el lavabo, ella pasó el pestillo de la puerta y luego se sentó en el inodoro con la tapa bajada. Asombrosamente aquel lugar estaba bastante limpio y empezó a hablar:

<<“*Existe una piedra que no es tal piedra un objeto precioso que carece de valor, un ente multiforme que no tiene forma, una cosa desconocida que todos conocemos*” –Zósimo de Panópolis Siglo III d.C.– Esa fue la primera descripción de “La Piedra Filosofal”. Los alquimistas de entonces creían que dicha piedra tenía la facultad de transmutar el mercurio en oro, y a ellos o cualquier cosa mundana en inmortal, muchos la buscaron, pero nadie la conseguía. Pasaban horas en sus prácticas metalúrgicas, poniendo a prueba sus principios de la transmutación de metales.

Su teoría era que cualquier metal estaba compuesto en su materia prima de mercurio y azufre, y que mezclando estos elementos en diferentes cantidades, podían obtener cualquier otro metal. El oro por ejemplo, el más grande de los metales – que al tiempo perdura– para ellos se obtenía por transmutación de, mayoritariamente, mercurio y una pizca de azufre. Parece una tontería, pero ya antes de Zósimo, fueron estos primeros químicos los que inventaron la manera de “aumentar el oro”. Lo mezclaban con plata y cobre para aumentar su peso y rebajar su calidad, pasando de un oro de 24 quilates a uno de 19 o menos.

Pero obviamente Zósimo nunca habría podido hacer su trabajo sin, probablemente el primer mineralogista de la historia, Teofrasto. Un sabio griego que vivió 600 años antes que Zósimo

y que dejó constancia de su trabajo en *Peri lithion*, una descripción exquisita de especies de minerales que incluso ahora siguen llevando el mismo nombre. Describió su textura, su densidad, su dureza, su transparencia, características en las que nos basamos en la actualidad para diferenciar minerales. Pero aparte de semejante legado, Teofrasto ya describió en unas de sus notas ocultas algo que intrigó a Zósimo y que luego bautizó como la Piedra Filosofal. ¿Mito o realidad? Lo que sí es verídico es que la Iglesia les condenó, ya sabes, azufre y demonio... van de la mano. Pese a ello el 17 de enero de 1382, un tal Nicolás Flamel afirmó haber obtenido oro a partir de mercurio, mediante la Piedra Filosofal.

En 1818 cuando varias de las bases de la geología ya habían sido propuestas por personalidades como Nicolás Steno y James Hutton, un joven Charles Lyell se encontraba con su amigo Charles Bureau en una cafetería de París donde al parecer conocieron a un hombre que se hacía llamar Nicolás Flamel... 400 años después de su gran hito. Poco después Charles Lyell formularía *Los Principios de la Geología* mientras que su colega Bureau, habría tomado un camino un poco más “esotérico” y de la escuela de Flamel.

Antes de morir a sus 69 años, Charles Bureau publicó su único trabajo científico: *Teoría de la transmutación mineralógica a partir de un denominador común*, incluso quedó desacreditado antes de poder llegar a divulgarse, el nombre del geólogo Charles Bureau caería en el olvido, pero sus hijos mantendrían su legado.

En 1930 una de sus descendientes contrajo matrimonio con un tal Roger Montfort, poco después, más allá de la ficción en 1941 mediante el acelerador de partículas unos físicos consiguieron

transmutar una pequeña cantidad de mercurio en oro ¿se demostraba lo imposible? Quizá...

El final de esta historia acaba cuando la única hija de Roger Montfort, siguió con la herencia de la familia y fundó el CECM>>

Cuando Hallvarð acabó su historia, mi cuerpo temblaba de emoción y parecía tener la extraña sensación de no haber entendido absolutamente nada. Mi cabeza necesitaba almacenar mucha información, así que simplemente le contesté con un: “Es la historia más estúpida que he escuchado nunca” pero en el fondo de mi corazón me lo había creído absolutamente todo. Así que ella con su indiferencia me ignoró, me hizo salir de aquel lugar por una pequeña ventana porque, según ella, no era seguro salir por la puerta.

Recorrimos la ciudad y cogimos su coche para dirigirnos al CECM, me dijo que para saber que era aquella extraña piedra que había escondida en el diario, debíamos hacer algunas pruebas y en el edificio disponían de máquinas que podían sernos de gran ayuda.

Uno de los operarios nos dijo que al siguiente día habría un hueco en el microscopio electrónico, la máquina que Hallvarð había solicitado para su estudio. Dejamos la muestra de roca a un chico del laboratorio que al parecer estaba enamorado de ella, nos dijo que se encargaría de preparar una cosa que se llamaba probeta, que era lo que debíamos introducir en el microscopio para su estudio. Yo accedí a todo –aunque no entendiera nada, como siempre– había confiado en Hallvarð, y si ella decía que aquello era necesario, yo también estaba de acuerdo.

Aquella noche no dormimos, yo también me había dado cuenta, que el tal Alexander nos seguía. Gracias a mis habilidades al

volante conseguimos distraerle y llegar a casa de Hall con la certeza de que le habíamos despistado y de que tal vez dentro de poco llegarían algunas multas por exceso de velocidad. Por la mañana nos dirigimos al edificio Montfort otra vez.

—¿Qué hace exactamente esta máquina? —le pregunté a Hallvarð para mostrar un poco de interés por los aspectos técnicos de aquella aventura.

—¿Aparte de costar bastante dinero? Es un Microscopio Electrónico de Barrido, lo que hace es disparar electrones a la muestra en vez de luz natural, después los electrones que rebotan son leídos por el programa y forman una imagen de gran resolución y sobretodo nos permiten una amplificación brutal.

Ella hablaba mientras tocaba botones con el puntero del ratón en un ordenador. —¡Et voilà! Ahí lo tienes —dijo mientras aparecía una imagen en la pantalla— y además de ello, este señor microscopio nos permite obtener los espectros de difracción de los elementos que forman la roca en cuestión, así que si aprieto aquí, sabremos en un instante de qué está formada nuestra “Piedra Filosofal”.

Apretó un botón en el que se leía “*acquire*” y en una ventana empezaron a aparecer picos que recordaban a la lectura de un electrocardiograma o a las torres de la Sagrada Familia. La cara de Hallvarð era de total desconcierto.

—¿Qué ocurre?

—No sé qué demonios es esto... —Empezó a buscar en bases de datos, pero no daba con lo que ella quería, incluso dijo algunos

tacos y empezó a frustrarse. Hablaba de cosas que para mí carecían de sentido.

–¿Y si es algo que no existe? –Me aventuré a decir.

–Si es así, nos vamos a volver famosas cuando elaboremos su estructura molecular y descubramos su fórmula... le llamaríamos... ¡Hallmontfortita!

Sus ojos brillaron cuando dijo aquello, pero ambas nos volteamos a ver la ventana de picos de difracción cuando uno de estos –que estaba levemente levantado en el inicio de la secuencia– de repente empezaba a subir vertiginosamente mientras que el resto bajaba.

–Qué demonios... –dijo ella. Detuvo la adquisición de datos y entonces volvió a darle al botón, pero no había ningún error, el pico seguía creciendo– eso es carbono, el pico del carbono sube y los demás bajan... Es como si la muestra... ¡Pero no puede ser!

–¿Me lo puedes explicar? – Le rogué.

–La muestra necesita un recubrimiento de carbono para generar la conducción necesaria para los electrones. Pero al parecer, y no sé cómo, la roca ha asimilado ese carbono y acabamos de asistir a su transmutación total en... carbono ¡Nos acabamos de convertir en alquimistas! –sentenció con una gran sonrisa, pero de repente una explosión nos hizo salir de nuestro descubrimiento.

Al mismo tiempo que salimos corriendo de allí, vimos como unos tipos vestidos de negro encabezados por Alexander, salían corriendo hacia nosotras. Hallvarð me guió por los pasillos del edificio, pero ellos nos pisaban los talones y cuando estábamos casi en la salida un tipo muy grande alcanzó a cogermel del

brazo y tiró de mí. Lo siguiente que ocurrió ni siquiera lo presentí, porque en unos segundos Hallvarð tenía su martillo en la mano y le había destrozado el hombro al tipo hasta tal punto de hacerle llorar. Salimos corriendo mientras yo sufría por la visión del hombro de aquel señor.

Una vez en el coche arrancamos a toda velocidad sin rumbo fijo.

—¡Mierda! —dije de repente frenando en seco en el carril de buses— ¡El diario! Me lo he dejado en el microscopio.

—De todas las personas de la Tierra yo tenía que dar con la más idiota... —dijo sin remordimientos— ¿Y ahora qué? —negué con la cabeza y mantuvimos casi una hora de silencio hasta que se me ocurrió decir:

—Lo último que ponía era *“Deposito los núcleos en la puerta de Lers, del inframundo plutónico, donde existe la singularidad fuera de lo común y dónde la piedra verde nace en abundancia”*...no lo entiendo—. Pero ella si lo había entendido. Así que puso en el GPS *“Étang de Lers”* y nos dirigimos hacia el Pirineo francés.

El lago de Lers era un lugar precioso, y lleno de encanto, con un pequeño puerto de madera en el extremo Oeste. Y hubiese sido paradisiaco si los “hombres de Alexander” y el propio Alexander no nos hubiesen estado esperando, nos hubiesen apresado y en aquellos momentos estuviésemos atadas en el pequeño puerto sin ninguna esperanza.

—Con este descubrimiento el mundo ya no necesitará buscar, solo deberá elegir el sitio donde desea plantar su semilla —dijo Alexander —mi jefe necesita los núcleos y “La Roca” para ser el

hombre más poderoso del mundo, además me ha dicho que eres imprescindible Elisabeth. –Ordenó a sus hombres que me liberaran–. Pero tu amiga no me sirve de nada, así que... –ataron a la cintura de Hallvarð unos sacos llenos de piedras y la hicieron caminar hasta el borde.

–Me consuela saber que moriré con los bolsillos llenos de lherzolitas.

Y después de mirarme y sonreír, aquellos hombres la empujaron hacia las profundidades del lago Lers justo en el momento en el que un coche de la policía hacia su aparición, yo arrancaba de las manos de Alexander la mochila de Hallvarð y un cuchillo, me escabullí y me lancé al agua con la mayor heroicidad que nunca habré tenido.

Pero bajo el agua nada es lo que parece y en el momento en que pude verla inconsciente y corté las ataduras, una corriente fuerte nos arrastró a ella y a mi hacia un lugar en el que pensé que moriríamos.

–Hallvarð... –Intenté despertarla, había recuperado el conocimiento y buscando en la mochila conseguí una linterna, al encenderla me había quedado anonadada.

–¡Despierta! –Poco a poco ella recuperó el sentido, para ver que nos encontrábamos en una cueva. Una cavidad enorme que devolvía el brillo de la linterna por la refracción que producían los millares de cristales verdes que había en las paredes.

– El estanque de Lers es famoso en la geología por dar nombre a la lherzolita. Según los diagramas de Streckeisen es una roca ultrabásica constituida por olivino y piroxeno –abrió las manos señalando aquellos cristales– espectacular, inimaginable. Tal

vez nadie haya imaginado nunca que puedan existir megacristales de esta magnitud.

Nos levantamos, caminamos durante muchísimo rato y en un lugar lejano del que nos encontrábamos dimos con la cápsula y el cadáver del Recolector que yacían en el suelo.

–Loki 630.... –susurré y vi que había una nota al lado del cadáver.

“He aquí los 69 núcleos que el maestro Bureau describió, ahora la puerta se abrirá”

Pese a la totalidad de cosas inverosímiles que habíamos pasado, la guinda de aquella aventura la puso lo que ocurrió a continuación. En una pared, los olivinos de color verde se resquebrajaron y produjeron un vórtice que dio lugar a la imagen de un desierto del año 4630.

–¿De verdad está pasando esto? –dijo Hallvarð.

Yo aún con la cápsula en la mano me dirigí al vórtice, pero ella me detuvo.

–¿Estás segura? Piensa en lo inútiles que somos los humanos en esta Era y en todo lo que hemos destruido. ¿De verdad crees que nos merecemos sobreponernos a una extinción? –La miré y pensé por unos instantes.

– Creo que no está en mi mano decidir el destino de la humanidad.

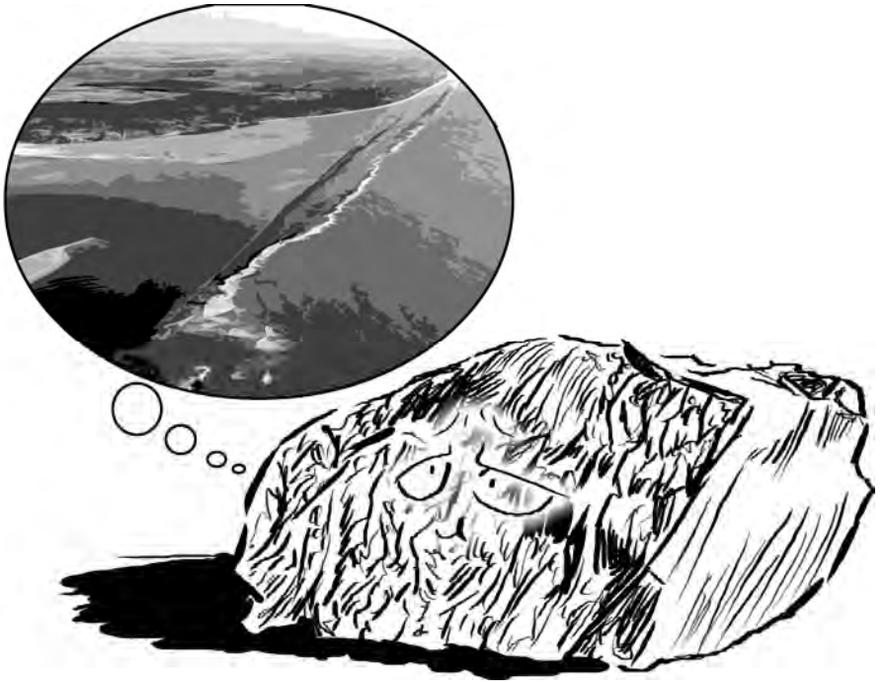
Fue entonces cuando sacó su moneda de la suerte y me la puso en la mano.

– Entonces no lo decides tú –su sonrisa y la mía se hicieron cómplices y después de unos segundos lancé la moneda al aire–. Cara se quedan, cruz viajan al futuro.

Y la moneda cayó al suelo, cuando dejó de girar no pude evitar sonreír cuando ella dijo:

–Esto va a ser divertido.

EN LA BRECHA



NENDO DANGO Nendo Dango –hombres a la Madre Tierra y su sed de árboles– es el seudónimo de este geólogo que persigue al agua en rincones rotos. *El agua del extranjero, descalabros de un mercenario humanitario* –manuscrito sin publicar– narra sus correrías.

Dirán lo que quieran... pero llegar al Eoceno como he llegado yo –apenas me veo algunas estrías frente al espejo de falla– no lo hace cualquiera. Bien lo saben quienes emanan comentarios alóctonos (esas pegmatitas siempre fueron muy intrusivas, metiéndose donde nadie las llama), aunque semejantes hipótesis no me alteren lo más mínimo. Desde mi más tierna litogénesis he aguantado el tipo sin exfoliarme, no como otras, tan accidentadas por la tectónica que, desde las orillas de Gondwana, con los pies en el mar de Tetis, no han dejado de cabalgar durante todas estas eras.

Hay quien dice que tengo un temperamento muy efusivo, con arrebatos piroclásticos y que me delata mi violento acento estromboliano; ya saben, la antítesis a la personalidad de las ultrabásicas, de marcado carácter ferromagnesiano. Sí, ¿Y qué? Cada una es como es, y no niego que me falta la paciencia de un batolito o, pongamos por caso, la de un diapiro; y claro que no tengo nada en contra ni de los pórfidos ni de las deleznable evaporitas; allá cada una con su paragénesis. Que cada cual conoce sus límites; el elástico y el plástico, y que todas, sin excepción, tenemos nuestro punto de rotura. Aunque nada de eso me ha impedido arriesgarme, aflorar en situaciones metaestables, en buzamientos peligrosos, ya sea coronando anticlinales o sucumbiendo en oscuros sinclinales. Otras, por menos, han acabado hechas una milonita.

Y es que todas arrastramos la incertidumbre de la deriva, flotando sobre este manto terráqueo (en alguna ocasión hasta me asomé por una janela para contemplarlo; por las heridas abiertas de la Tierra brotaba sangre verde: la peridotita igual que un tejido interno). Y aquí no se libra nadie, tengamos la edad que tengamos ahí vamos todas: sedimentarias (poco importa de qué piso de la columna procedas), metamórficas de cualquier grado o ígneas. Y nos vamos exponiendo a lo que pueda llegar

y, oiga, a cada una lo suyo. Que lo mismo te aplasta una diagénesis, que en cualquier orogénesis te espachurra una fricción de cizalla, que igual te achicharas con un metaforismo de contacto o sufres una dolomitización de aquí te espero señor magnesio. Y después, marcada por diaclasas, esquistosidad o una aureola de contacto, no hay quien te reconozca, tan alterada como se queda una que ya no hay isótopo que acierte tu edad absoluta; y ya se sabe que lo de la edad siempre es relativo y enseguida te correlacionan y te ponen en contacto con fulana o mengana: vecinas del piso de abajo o de arriba; así descubren que eres una ordovícica.

Y es que rodamos mucho, cambiando de traje con las mismas telas: granito antes que arenas, arenisca antes que cuarcita, arcilla antes que pizarra, esquisto antes que gneis, caliza antes que mármol...

Y sin prisas yacemos remoloneando unos periodos antes de volvernos a arrastrar subducidas en cualquier fosa hasta ponernos blandas y derretirnos y de nuevo ascender y, ya en superficie, someternos a la meteorización, ponernos a merced de las caprichosas escorrentías, de glaciares que lo mismo te montan un circo que te sacan la lengua o de mareas que te mecen para colocarte más allá; así amaneces imbricada en la convexidad de un meandro (todo un placer), o tirada en la llanura de un delta, envuelta en una morrena, crioturbada, o dando tumbos oolíticos al son de las olas en una playa tropical; al final, un buen corte nos pone en evidencia. Tampoco se descarta acabar secuestrada como xenolito; y aún con esas, le siguen la traza a una y nos calan la cuna.

Y es que el destino es muy incierto y la geomorfología muy antojadiza. Nunca se sabe. Hay quien tras una depresión acabó en un cono de deyección: un detritus en medio del canchal. Y

vete a saber lo que tarda en ser arrastrada de nuevo; y reza que no se quede atrapada en una cuenca endorreica, que cuando menos te lo esperas das con un karst y ya no vuelves al mar, y no digo que los poljes no sean bonitos, no, pero donde se ponga una barra litoral o un cañón submarino que te cruce el talud continental para aguardar la próxima transgresión...

En tanto tiempo hemos visto de todo. Ay, qué recuerdos del cratón (que no lo zarandeaba ni el mismo Richter) y qué añoranzas también del bosque Carbonífero. Otros momentos, sin embargo, lo que echo en falta es la paz de las llanuras abisales, al rocío de radiolarios sin que nos molesten las corrientes turbidíticas del qué dirán. Ambientes pelágicos alejados de costa; calma oscura rota sólo por la eventual vanidad de algún siderolito que se despeña despistado, jactándose de su níquel y de su hierro.

Y es que de todo hay en este geoide celeste, y desde que fuimos endógenas ya cada una tomó su camino y a cada cual le marcó lo suyo: *ripples*, lapiaces, ojos de gneises, pórfidos, *pillowlavas*, loess, lumaquelas... Todo ello sin distinción que tus minerales sean del triclínico o del cúbico, pleocroicos o iridiscentes, jaspeados, dendríticos o con agregados; que te toque una granulometría inversa o un coluvial heterogéneo que ni el mismo Atterberg te ponga nombre (si bien todas queremos adelgazar para salir favorecidas en la lámina mientras posamos bajo el *glamour* de la luz polarizada).

Una litoalgarabía enredada en una maraña de ambientes diferentes, que lo mismo te puede tocar un generoso acuífero confinado de vocación artesiana que un tacaño acuitardo con más sed que un caliche. Lo del nivel freático es muy dinámico; muchos acaban precipitándose y otros superficiales se quedan más helados que un permafrost. Y no te fíes tú que, en cuanto te

descuidas, basculas por un flanco o te borra una discontinuidad, y el susto puede dejarte más blanco que una moscovita.

Ya digo, cada una con lo suyo, que todas tenemos sitio: escoria, filón y hasta las compuestas por tierras raras. Cierto que no todas brillamos como kimberlitas, pero somos algo más que lajas. Dibujamos el lienzo donde se machihembran los paisajes y, aunque nuestro horizonte más inmediato ande por los suelos, somos dueñas de un saber estar *in situ*. Nosotras sujetamos el mundo.

LA CUEVA DE LOS DRAGONES



MANUELA MEDIANO CORTÉS Nació en Madrid en 1947. Licenciada en Derecho y, por muy curiosa, diplomada en materias diversas que no vienen al caso. Esto sí: Enamorada de montañas, cuevas, riscos y piedras desde la niñez y amante de la Madre Tierra para siempre.

La cueva de los Dragones, era una inmensa oquedad natural en la entraña de las tierras altas de la serranía, no muy lejos de la aldea. Estaba oculta bajo grandes peñascos de granito cubiertos por espinos, matojos y brañas. Se trataba de una cueva de silicio arcilloso que se abría al exterior, sin ostentación alguna, a través de una boca negra y angosta; pero una vez dentro, nadie se aventuraba a calcular hasta dónde podrían llegar aquellos oscuros pasadizos e intrincados laberintos de cálidas arcillas.

En el pueblo se la conocía como “La Cueva de los Dragones” y en aquellos lejanos tiempos, era el principal orgullo de los lugareños, porque en su interior alojaba un gran tesoro: un inagotable manantial de arenas blancas y purísimas como la nieve que cuando iban secando y resbalando de las húmedas paredes parecían como si fueran de nieve.

Eso decían las mujeres del lugar que las recogían ya del suelo para utilizarlas, principalmente en las faenas de lustrar sus ollas, calderos y marmitas, a las que la arcilla arrancaba fulgores de plata y de oro. Cada tanto, las mujeres del pueblo acudían con sus perolas y cubos de metal para sacar el preciado polvo que mucho tiempo después, cuando ya no quedaba ni rastro de dragones, llegaría a ser extraído con grandes máquinas excavadoras destrozando aquello que los dragones jamás habrían osado tocar: el recinto sagrado y maternal de la cueva.

Destruyeron todos sus secretos pasadizos y le sacaron las entrañas por toneladas para llevárselas a fábricas de otros lugares. Allí fueron apelmazadas con agua y moldeadas en forma de pastillas geoméricamente perfectas. Después, una vez empaquetadas en papel transparente, pegaron sobre ellas una etiqueta con un nombre propio: “Asperón”. Más tarde, en camionetas de reparto las transportaron a muchos pueblos distantes y también al suyo de origen para que el producto

volviera a cumplir las mismas funciones que ya cumplía aquél otro primitivo y virgen que las mujeres sacaban con cubo y pala de la cueva de los Dragones mientras hablaban de sus cosas, se contaban sus miserias y se inventaban historias para los niños. Para fabricar el llamado “Asperón”, quedó devastado uno de los más bellos lugares de reunión de las mujeres del pueblo; se destruyó cualquier resto de magia que pudiera quedar en el interior de la gruta; y, sobre todo, a partir de entonces... aquellas finas arcillas de la cueva... ya no eran gratis.

En su tiempo, la Cueva de los Dragones, era un lugar prohibido para los niños de la aldea, porque en ella “vivían unos dragones grandes y fieros que podrían devorarlos de un solo bocado o dejarlos encerrados allí para siempre”. Pero aquél día Marta había cumplido siete años y ya se sentía “mayor”, por lo que suplicó a su madre que le permitiera acompañarla ese día a la Cueva de los Dragones. “Hace un sol espléndido y hoy, precisamente hoy que la niña cumple años, es un buen día para ir a la cueva”, –pensó la madre–, y no sin un cierto recelo, accedió a los deseos de su hija.

Cada una cogió una pala pequeña y un cubo de zinc que se colgaron del brazo, poniéndose en camino hacia el lugar. Conforme se iban aproximando a la entrada, la niña caminaba con más sigilo, muy pegadita a su madre mientras iba recordando todos los cuentos espantosos que le habían contado por las noches al amor de la lumbre, cuando ella se sentía “todavía muy pequeña”. “¿Será cierto que hay dragones?, ¿Podré verlos?”, reflexionaba ahora para sus adentros. Al llegar a la entrada, la madre bajó primero.

–Tú espera ahí y no bajes hasta que yo te diga, ¿vale? Y cuidado no resbales al entrar.

–Vaale, mamá.

Ya en el interior, la madre encendió, girándola con sus dedos, una herrumbrosa bombilla que colgaba del techo por un cordón de luz retorcido y sucio desde tiempos inmemoriales, y que abrió en la oscuridad del recinto un círculo de luz amarillenta y triste.

–Ya puedes bajar, niña.

Aquél lugar le olía a Marta a humedad antigua, a misterio y a miedo. Pero una vez las dos dentro de la cueva, ocurrió algo insólito: sin que mediara palabra, y sin ninguna advertencia previa, la madre de Marta comenzó a golpear sañudamente el cubo de metal con la pala haciendo tal bulla y escándalo que parecía un campanero enloquecido. Marta, sin salir de su asombro y con los ojos abiertos como platos, la imitó de inmediato, mirando asustada a su madre sin saber qué es lo que estaba pasando.

–Pero, mamá ¿Por qué hacemos esto?

La madre puso su voz más misteriosa:

–¡Para asustar a los dragones, niña y que no salgan!

Llenaron sus cubos de arena y escalaron hacia la luz del día de la salida con mayor dificultad que la bajaron.

–Asustar a los dragones... –Iba reflexionando la niña.

En el soleado camino de regreso a casa, Marta, curtida ya en el asombro, volvió a preguntar a su madre:

–Pero, mamá, ¿y qué es ese paquete envuelto en saco que te has dejado en la cueva?

–¡Qué niña esta!, ¡Qué niña esta! Se fija en todo! –murmuró la madre para sí– Marta: el paquete que he dejado en la cueva es comida para los dragones, porque algo tendrán que comer los pobrecillos, y más hoy que es tu cumpleaños ¿no te parece?

–Comida para los dragones... –musitó Marta para sí.

Al día siguiente, antes del amanecer, se oyeron gritos lejanos, voces confusas y disparos de fusil. Todas las casas se encendieron por dentro y, tras breves parpadeos intermitentes, se fueron apagando una tras otra. Se hizo un silencio duro y elocuente y no se abrió ninguna puerta de la aldea hasta que el sol ya estaba alto. Las mujeres del pueblo empezaron por abrir primero las contraventanas, luego los cristales y más tarde fueron sacando la cabeza mirándose de una casa a otra sin decir palabra, pero comprendiéndose perfectamente. Algunas comenzaron a salir a la plaza de la fuente con cubos y botijas que ponían en cola para recoger el agua. Mientras, susurraban entre ellas, se daban golpecitos en los hombros unas a otras, otras, o, con un brazo en jarras, se ponían la otra mano en la frente como si se tomaran la temperatura.

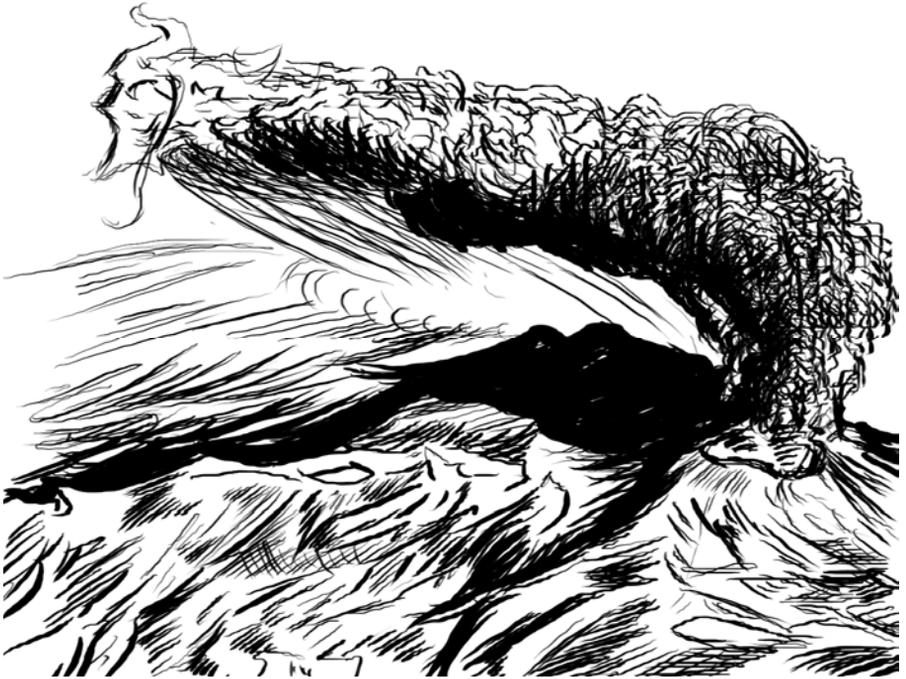
Marta, que restregaba el sueño de sus ojos frente a un tazón de leche y una rebanada de pan negro, se dirigió a su madre con aire de preocupación:

–Mamá, anoche oí muchos tiros en el monte, por donde la cueva. ¿No habrán matado a los dragones, verdad?

La madre observó a su hija con infinita ternura.

–No hija, no, esta vez no, por fortuna. Anda, termina la leche y ve para la escuela.

LA VENGANZA DE NAMALYARI



SARA MARÍA ALARCÓN MIGUEZ Nacida en Madrid en 1996. Con la historia en Madrid, que no es poca, pero con la mente estanca en un grado en Diseño. Se comenta por ahí que entre tanto dibujo y tanto escrito "a veces hay tiempo de tomarse unas cañas".

15 de Junio, 1991

En nosotros cae la ira de Apo Namalyari, que durante 5 siglos se mantuvo calmada. Quizá sea venganza por nuestra constante indiferencia ante los destrozos de sus bosques, o por ignorar el rojo que los españoles esparcieron por estas tierras... Sólo los aetas lo sabrán, o eso supongo yo. Espero que estos papeles que serán mi carta se conserven y sobrevivan al tiempo y a las lágrimas con las que escribo, en caso de que yo no lo haga.

Ya el 2 de Abril, mientras hacía voluntariado con las tribus filipinas, presencié el primer aviso del Monte Pinatubo. En su cima se sucedieron varias explosiones, que los aetas y yo observamos con horror. Nadie sabía qué ocurría. Tratamos de olvidarlo mientras pasaban las horas, pero aquella noche la cima de aquel hogar divino se tiñó de rojo. Algunos indígenas rompieron a llorar, clamando que el monte sangraba; mis esfuerzos por tranquilizarlos fueron fútiles. Estaba tan asustado como ellos, pero yo era el "hombre civilizado" que debía mantener la compostura por todos.

No obstante, también fui el primero que a la mañana siguiente se dirigió a Manila para informar de aquello a las autoridades. De la policía pasamos al Instituto de Vulcanología y Sismología, quienes enviaron en misión suicida (esa sensación me dio a mí) a varios escuadrones, directos a las fumarolas del volcán. Los geólogos empezaron a trabajar, o eso quise creer yo. Hasta entonces yo ni siquiera sabía que el Pinatubo era un volcán... me imagino que ni siquiera el resto de mis camaradas lo sabía. Nunca nos habíamos fijado realmente en aquella montaña, a decir verdad... Yo simplemente me conocía las historias que los indígenas me contaban en algunos tiempos de servicio.

Más de una vez volví por mi cuenta al Instituto para preguntar sobre el tema, esperándome ya las negaciones, las confidencialidades del asunto y demás. Pero sólo veía malas caras, por lo que dormía nervioso por las noches. Los turnos de voluntariado tampoco ayudaban. Veía a los aetas rezándole a Apo Namalyari, rogándole calma y piedad. Se echaban la culpa a ellos mismos de la ira del volcán, y cantaban entre llantos. Muchos llegaron a herirse en mitad de los rituales para esparcir su sangre por la tierra y por los restos de árboles talados.

Unos días después yo me encontraba de nuevo en las tierras bajas, preparando el nuevo campamento. Al parecer, aquellos geólogos dieron la orden de desalojar a los aetas. Un hombre sabe que algo es verdaderamente serio cuando las fuerzas armadas toman el papel de proteger incluso a aquellos a los que nunca han visto. Cuando llegaron a los refugios, mis compañeros y yo nos dedicamos a consolar a los indígenas recién llegados. Algunos lloraban, culpándose de haberle dado la espalda a su dios, sintiéndose cobardes por haber antepuesto su vida a su voluntad. No obstante, el grupo del que yo estaba encargado en las misiones no estaba en el refugio. Preocupado, avisé a los soldados que llegaban de que faltaban más aetas.

Pasaron los días, y no teníamos más noticias directas del Instituto. La gente de la calle, escéptica, se sumaba a la indignación de los más altos, que tachaban de pérdida de dinero y tiempo a la evacuación en masa. Quizá el Pinatubo aún no hubiera entrado en erupción, pero los medios sí lo habían hecho: hablaban de estafas, de cómo los Estados Unidos se habían involucrado en todo esto, de cómo los geólogos no hacían más que recordar Nevado del Ruiz con insistencia... Se hablaba a su vez de búsqueda de pruebas, de expediciones suicidas, de magma y fumarolas, de compuestos químicos que yo no entendía recitados de memoria... Pero nadie tenía miedo.

Pensé en que yo tampoco habría tenido miedo de no haber visto aquellas explosiones y aquel cielo teñido de sangre.

Sin embargo, dos semanas después la calle empezó a verse inquieta. Ray Punongbaya, el director del Instituto Filipino de Vulcanología y Sismología, anunciaba públicamente: “La erupción culminante no tardará en producirse”. Días después, casi un millón de personas estaban evacuadas de los alrededores de Pinatubo. Nadie quería acatar la orden tras haber vivido pacíficamente durante toda la vida en la misma zona, pero el gobierno era estricto con sus mandatos. Los soldados también estaban reacios a abandonar sus esfuerzos y el trabajo de toda una vida en la base militar. Los militares presionaban a los científicos, los mandamases se metían en el medio sin saber si sentir terror o indiferencia y los civiles, al ver que todavía no ocurría nada, olvidaron las inquietudes de los días anteriores para quejarse en pequeñas tertulias sobre el abandono de sus hogares.

Era incapaz de soportar el ambiente, y seguía preocupado por aquellos aetas que nunca reaparecieron.

Fue hace menos de una semana cuando decidí aventurarme por mi cuenta. Mi pasado como soldado me ayudó a infiltrarme entre el resto de militares, e insistí en volver a inspeccionar las zonas más cercanas mientras continuaban las evacuaciones de las tierras bajas. Mientras mis falsos compadres y yo reinspeccionábamos los alrededores del volcán, una humareda se extendió ante nosotros, emergiendo del volcán. La gente que aún quedaba en las laderas se negaba a irse pese al humo, y tuvimos que echarles por la fuerza. Los militares de las bases aéreas se tomaron más en serio su trabajo, y todos pudimos oír a Washington tragando saliva y orgullo mientras de nuevo ayudaba al gobierno filipino con las últimas evacuaciones.

Mi escuadrón, por nuestra parte, cada vez encontraba más aetas. Las evacuaciones cada vez eran más rápidas, pero aumentamos el ritmo hace 3 días. Una explosión de ceniza lo cubrió todo, y yo no daba crédito a mis ojos. El terror se volvió a apoderar de mí como lo hizo aquel 2 de Abril. Un infierno inmenso, gris oscuro, un gran remolino de polvo que crecía más y más a cada segundo hasta que se fundió con el infinito. No obstante, aquella gran columna eruptiva se desarrolló en silencio, como si fuera un sufrimiento interno. Muchos creyeron que todo había acabado aquí, pero yo me encontraba tan intranquilo como mis falsos camaradas, que aún teníamos órdenes de evacuación que cumplir.

Notábamos temblar la tierra bajo nuestros pies mientras buscábamos a quienes faltaban, recogiendo a grupos más y más pequeños de aetas. Un pequeño indígena me reconoció, y vi cómo su rostro se deformaba por la pena al mirarme a los ojos. Le pregunté qué le pasaba en su idioma, y me respondió con pocas y arrastradas palabras. Mi grupo no quería ser evacuado, y se había atrapado a sí mismo en el interior de la montaña. Fruncí el ceño, temiendo por el futuro de aquel pequeño trozo de tribu al que durante tanto tiempo había ayudado a progresar. También se lo contó al resto de mis compañeros, que decidieron no hacer nada al respecto.

Hace unas horas decidí aventurarme por mi cuenta a los alrededores de la montaña para buscarles. Ya no hay horizonte, sino una gran masa de cenizas ardiendo. Mirando las nubes pude notar cómo Apo Namalyari me miraba a los ojos mientras reía con sorna. Podía oír la ceniza cayendo, todas las explosiones que culminaban en el cielo como si de la más fuerte de las bombas nucleares se tratase...

Traté de no dejarme guiar por el miedo, y pude notar cómo a mi alrededor caían piedras hasta que encontré una pequeña cueva. Los gritos resonaban en su interior, y entré. Eran ellos. Era mi pequeño grupo de aetas. Estaban aterrorizados, pero rezaban. Los más pequeños se abrazaban a sí mismos, hechos una bola y tirados por el suelo. Los hombres tratan de mantenerse serenos, pero son incapaces de ello. Me reconocen, y me dejan entrar con ellos. El tratar de convencerles para salir ya no es una opción, con el apocalipsis ahí fuera... Era mejor distraerse. Y por ello escribo ahora esta carta, para que las expediciones futuras recojan mis palabras en caso de que yo no pueda pronunciarlas de nuevo.

Este es mi testimonio sobre el fuego y el infierno, y es lo que de él he vivido hasta ahora.

Un estruendo inunda el aire que respiro. Oigo cómo el magma sale disparado, cerca de nosotros. Una gran avalancha de roca ardiendo se desliza por la ladera, y resuena por toda la cueva. Todo tiembla, todo se llena de humo... Todos tenemos miedo...

Vamos a morir...

LAS MEJORES COSAS PASAN CUANDO MENOS TE LO ESPERAS



NEREA GÓMEZ MÚGICA Tiene 17 años y es de Puertollano. Este año 2016 está cursando 2º de Bachillerato de Ciencias en el Instituto Juan de Távora, cuando acabe, le gustaría estudiar algo relacionado con ciencias de la salud.

¿Sería un adiós o un hasta luego? ¿Sería una despedida o sólo un intervalo de tiempo que tenía que pasar él solo? No era hora de hacerse preguntas, más bien era hora de hacer la maleta. No sabía qué llevarse ni siquiera a dónde iba, sólo sabía lo que le gustaba y lo que quería hacer con su vida. Empezó buscando la maleta en el desván, ese desván lleno de polvos donde él guardó sus cosas de niño, esas cosas que creía que ya no iba a utilizar más porque ya había crecido, ya no tenía seis años. Se equivocaba, sí las iba a utilizar.

Empezó cogiendo la brújula que él utilizaba de pequeño para guiarse entre el bosque, para jugar, para divertirse. Estaba llena de polvo. Sopló y fue como si una nube llena de recuerdos de cuando era pequeño volviera a su mente. En su mente, allí estaba él con sus cosas de geólogo... con su pico, con su mapa, con su brújula... con su mochila, con ese cuaderno donde apuntaba cosas... con todo. Desde pequeñito sabía que era lo que realmente le fascinaba estudiar, a lo que quería dedicarse.

Acto seguido, cogió todo aquello que hace años guardó allí y lo fue poniendo todo en la maleta. Uno a uno para que no se le olvidara nada. Cuando ya tenía todo preparado, empezó a meter la ropa y todo aquello que necesitaría todo el tiempo que estuviera fuera, que podía ser un mes o un año.

Llegaba la hora de despedirse, y lo mejor era hacer ese momento lo más corto posible para no sentir tanta melancolía, supongo.

Primer destino, Almería. Cuando llegó no tenía a donde ir, así que alquiló una habitación de un piso que compartía con otro adolescente que tenía su misma edad, 17 años. Este adolescente se llamaba John y por casualidad, también le

gustaba la geología así que decidieron ir los dos a vivir aventuras. Estudiando la geología en distintas partes del mundo. Estarían un tiempo en Almería estudiando la zona y más tarde irían a otro lugar y así sucesivamente hasta que encontrarán algo grande, importante en la geología.

Empezaron inspeccionando el tipo de roca que había por Almería y se dieron cuenta de que había más tipos de los que ellos creían. Encontraron la caliza de nummulites, que estaba hecha de la acumulación de organismos en los fondos marinos y que la utilizaban para la construcción. También encontraron obsidiana, la que les llamó mucho la atención por su color negro tan brillante. Con ella fabricaban utensilios, por ejemplo.

Encontrar estas rocas y muchas más les movió a seguir interesándose por la diversidad geológica existente en Almería, ciudad donde esos dos adolescentes por casualidad o destino se habían encontrado para juntos vivir cosas increíbles.

Días después de haber encontrado el tipo de roca, estudiaron la historia geológica de Almería y todo su pasado geológico, ya que sabiendo el pasado podían averiguar muchas cosas más sobre aquella ciudad tan calurosa.

Estudiar la historia geológica les llevó mucho tiempo, unos cuantos meses. En este tiempo iba llamando a su familia para decirles cuánto les echaba de menos.

El tiempo del reloj seguía corriendo y después de estudiar la historia geológica de aquella ciudad, fue en busca de algo que no sabía que era, pero quería encontrarlo por el simple hecho de que él sabía que sería algo grandioso. Día a día, sus ilusiones se iban agotando al ver que por mucho que investigaba era incapaz de encontrar nada interesante por aquella parte y poco a poco se iba cansando de luchar por conseguir su sueño.

Dos semanas después sus ganas, sus energías y su confianza en sí mismo habían desaparecido por completo así que decidió hablar con su compañero John para decirle que volvería a su hogar con su familia, que ya se había dado por vencido. John intentó convencerle, pero si en algo sobresale nuestro protagonista es en lo cabezota y terco que es, por lo tanto, no hubo ninguna posibilidad de convencerle.

Esa misma noche preparó su maleta. En ella guardaría todo su equipaje, su brújula, su cuaderno... Después de haberlo preparado todo, le dijo a su querido compañero de aventuras que después de tanto tiempo allí le había cogido cariño a esa pequeña ciudad y no quería irse sin despedirse antes de ella, y sobre todo de él. Mientras andaban por las calles de Almería tan iluminadas, fueron recordando uno a uno los momentos que habían vivido juntos. Cuando estaban entre risas y ya casi despidiéndose de esa bonita ciudad, John le dio sin querer una patada a una piedra que nunca antes habían visto. Como a ellos les encanta inspeccionar cada roca, cada detalle, inspeccionaron esa roca y se dieron cuenta que justo en el suelo que estaban pisando podía haber una mina justo debajo de ellos. Corriendo, fueron a por la brújula, el martillo y los materiales necesarios. Pasaron allí toda la noche, hasta que por fin comprobaron que estaban en lo cierto. No podía haber personas más felices en el mundo que ellos.

Fue la noticia del mes. Salieron en la tele, en todos los canales. En todos los periódicos.

Les perseguían las cámaras, los micrófonos. Y una de sus declaraciones fue: "Las mejores cosas pasan cuando menos te lo esperas".

Sus familias estaban muy contentas. Los chicos tenían pensado volver cada uno a su casa, pero lo hablaron y decidieron seguir en busca de aventuras. Coger la maleta e irse a otro lugar del mundo a conocer más sobre la Tierra que ellos mismos estaban pisando.

Y antes de despedirse de Almería, aquella bonita ciudad que les devolvió la alegría, cogieron cada uno una roca de las que formaban la mina que ellos mismos habían encontrado y se fueron en busca de emociones nuevas. Esas piedras les darían suerte, y además se tenían el uno al otro.

¿Siguiente destino? Ni siquiera ellos mismos lo sabían. Se dejarían llevar por sensaciones, por instintos así aunque no encontraran nada, podían decir que siempre hicieron lo que les salió del corazón.

SECCIÓN FUERA DE CONCURSO

Relatos presentados por miembros del
Proyecto Geodivulgar

LA MOMIA DE COLMENAR

Claudia abrió el laboratorio con la vieja llave y entró decididamente. Tenía toda una tarde por delante y quería aprovecharla al máximo, pues llevaba un poco de retraso en la planificación que Servando le había propuesto para la realización de su Tesis Doctoral. Servando era un buen profesor, dedicado en su docencia, amable con los alumnos, pero tenía un auténtico vicio por planificar las cosas indicando los tiempos precisos para hacer cada cosa y eso implicaba que casi nunca se cumplían los plazos, pues ella no trabajaba al ritmo que él quería ¡Al fin y al cabo, estaba empezando a aprender las técnicas! Afortunadamente, luego se mostraba comprensivo con los pequeños retrasos, aunque inmediatamente hacía una nueva planificación, que invariablemente no se cumplía.

Lo de entrar decididamente en el laboratorio era un decir. En realidad, pese al paso firme y la rapidez en preparar el material, Claudia entraba en ese laboratorio con una sombra de temor... o más bien de intranquilidad. Eso no pasaba al principio. Sólo desde que Servando le enseñó la momia. Sí, la momia. Pese a que se trataba de un laboratorio de paleontología y se suponía que allí había fósiles bastante antiguos, tras llevar unos días preparando las muestras para su tesis, Servando le comentó:

–Supongo que no te importará estar acompañada en este laboratorio.

Como a Servando le gustaba bromear en algunas ocasiones, Claudia se quedó parada, aguardando la segunda parte. Al no continuar Servando, hizo la pregunta esperada:

—¿Acompañada por quién? Aquí no ha bajado nadie en los días que llevo viniendo al laboratorio salvo Parrondo y tú. ¿Va a venir alguien más?

—No. Ya hay alguien más aquí. Respondió Servando ensanchando las mejillas y encogiendo el labio superior, como casi siempre que estaba de broma.

Ante el gesto interrogativo de Claudia, Servando continuó:

—Como sabes, esto no es sólo un laboratorio de preparación de muestras, sino también un almacén de las mismas. A la espera de tener un almacén más apropiado, las muestras estudiadas y las que están en espera de ser preparadas se amontonan en las estanterías que hay al fondo del laboratorio.

Claudia ya sabía eso. Bastaba con echar un vistazo a dos de las paredes del mismo, donde se apilaban cajas de cartón, de plástico y de madera en estanterías metálicas que llegaban hasta el techo. Algunas de ellas estaban llenas de muestras y otras vacías o medio vacías, esperando la llegada de nuevas muestras. Pero no vislumbraba a donde quería llegar.

—Verás, —explicó Servando— como sabes, en nuestro departamento hay especialistas en paleontología humana. Verónica es especialista en paleopatología, que trata de la identificación de las enfermedades que pudieron sufrir las personas mediante el estudio de características de los huesos. Hace poco tiempo, en unas obras de reforma de la iglesia de Colmenar Viejo, encontraron una tumba en la que se había conservado momificado un cadáver. Lo ha estudiado Verónica, que ha averiguado toda una serie de patologías que el buen hombre sufrió antes de morir. El destino de la momia es ser expuesta en el museo diocesano de Colmenar, pero las obras se están alargando y mientras tanto está aquí en esta urna.

Y acercándose a la estantería del fondo del laboratorio, Servando deslizó una gran caja de madera, que no era otra cosa que una urna con la tapa de cristal, donde se encontraba la momia. Estaba tumbada boca arriba con una serie de saquitos con productos conservantes rodeándola. Era un esqueleto casi completo con los brazos doblados sobre el pecho y jirones de piel y carne cubriendo parte del cráneo y del torso. La vista no era especialmente agradable, pero impresionó a Claudia menos de lo que esperaba.

—Ahora ya sabes por qué la señora de la limpieza se niega a entrar en este laboratorio y tenemos que limpiarlo nosotros mismos.

Y empujando la urna la volvió a situar en la parte inferior de la estantería, rodeada de cajas de cartón medio vacías.

Claudia pensó al principio que no era agradable la compañía de una momia, pero entretenida con la preparación de las muestras, la mayor parte del tiempo ni se acordaba de ella; aun así, cada vez que entraba en el laboratorio tenía la sensación de que antes de encender la luz iba a saltar sobre ella la momia que escapaba de su urna. Pero como era de esperar, nunca pasaba nada.

Aquella tarde, Claudia tenía que cortar las muestras recogidas en su última expedición. Todas venían sigladas con precisión. Cada bolsa tenía unas letras y números correspondientes a la localidad donde se había realizado el muestreo, al nivel de recogida y al orden de la muestra de cada nivel. Como su investigación tenía que ver con microfósiles que se estudiaban en lámina delgada, tenía que seguir todo el proceso: cortar la muestra, pulirla, pegarla a un cristal portaobjetos y volver a cortarla y pulirla con carborundo para llegar al grosor adecuado

para la observación de los fósiles contenidos en la roca. En esto le habían ayudado al principio tanto Servando como Parrondo, el viejo profesor que había sido a su vez el director de la tesis de Servando. Al empezar a cortar las muestras de ese día no pudo evitar el recordar los primeros momentos de su aprendizaje. La visión de una cortadora de rocas, donde ella tendría que sostener muestras de pequeño tamaño, acercando las manos al filo de polvo de diamante era en un principio bastante turbadora. Sin embargo, Servando la tranquilizó con una de sus bromas:

–Aunque parezca temible, esta máquina es mucho menos peligrosa que una cortadora de fiambre, por poner un ejemplo. El filo de estas máquinas está impregnado de polvo de diamante y no corta en realidad, sino que desgasta. Al rozar el polvo de diamante con la roca lo va desgastando. Esto se hace a gran velocidad, por lo que para evitar que la muestra se caliente demasiado tiene que haber un chorro de agua incidiendo continuamente sobre el disco de la cortadora. Por eso trabajamos con bata y un mandil impermeable que evita que acabemos empapados. De entrar en contacto los dedos con el disco lo más que puede pasar es que te lleves un raspón. A menos, claro está, que directamente presiones sobre el filo con la mano directamente. Pero no creo que seas tan poco inteligente como para hacer eso. La prueba de que no es peligroso, es que yo llevo cortando muestras muchos años y todavía tengo nueve dedos...

Y Servando mostró a Claudia el dorso de sus manos doblando uno de los dedos corazón, de forma que parecía que le faltaban las dos últimas falanges de ese dedo, lo que hizo brotar en los labios de Claudia una sonrisa no demasiado convencida de la bondad de la máquina. Sin embargo, en el tiempo que llevaba trabajando con la máquina, no había tenido ningún problema con ella.

Igual de amistoso pero más quisquilloso había resultado el viejo Parrondo, con quien coincidió varias veces en el laboratorio. Aunque muy amable y dispuesto a aconsejar sobre la realización de cualquiera de los pasos en el proceso de elaboración de las láminas delgadas, siempre estaba dispuesto a encontrar fallos en lo que Claudia hacía:

–No presiones demasiado con la muestra sobre el filo, que puedes bloquear la máquina.

–Limpia bien la plataforma después de cada corte, porque las partículas que quedan pueden rayar la muestra.

–Abre más el chorro del agua, que no hay suficiente refrigeración.

–No pulas la lámina con movimientos tan amplios, que puedes rayarla.

–Mezcla menos resina para pegar la muestra, que se endurece rápidamente y se desperdicia mucha.

–Cuando te vayas cierra la ventana, que se puede meter un gato y hacer un estropicio con las muestras.

–Sigla las láminas después de que se sequen, porque si no se acabarán borrando.

Y así todo el tiempo. Los consejos eran bien intencionados y nunca en mal tono, pero no pasaban dos minutos sin que encontrase algo que objetar sobre las cosas que Claudia hacía, por lo que ella procuraba cortar las muestras cuando sabía que Parrondo no iba a bajar al laboratorio. Aún así, el día anterior estaba en el laboratorio cuando ella bajó a cortar y le reconvino:

–Señorita, ayer dejaste la ventana abierta cuando te fuiste. Ya te dije que puede entrar un gato o un ladrón a robar. Además, no secaste bien la máquina, porque al final de la plataforma había una mancha de óxido. También dejaste las láminas muy extendidas y no había sitio para que pusiésemos los demás las nuestras.

–Perdón Parrondo, no volverá a pasar.

El caso, es que al final de esa sesión tuvo mucho cuidado en cerrar la ventana, secar bien la máquina y dejar todas sus láminas recogidas en un espacio lo más reducido posible.

Al día siguiente continuó cortando las muestras durante un par de horas. Cuando terminó de hacerlo y apagó la máquina, se sintió agradecida por dejar de escuchar el atronador sonido de la cortadora que le impedía oír cualquier otra cosa. Los siguientes minutos los dedicó a marcar con un rotulador indeleble las pastillas de roca obtenidas. Mientras realizaba esta operación, creyó oír un pequeño ruido. Paró en su actividad y escuchó atentamente.

–Ras, ras, ras.

El sonido inconfundiblemente provenía del fondo del laboratorio, allí donde se encontraban las cajas... y la urna con la momia. Esto la intranquilizó, pero se dijo a sí misma que aquello que su subconsciente le sugería no podía ser verdad.

–Ras, ras, ras.

De nuevo el mismo y ahora más intranquilizante sonido, Se acercó prudentemente a unos tres metros del lugar donde se encontraba la momia y quedó con la mirada fija en el costado de

la urna. Era lo único que veía de ella y desde luego no se atrevía a acercarse más y ni mucho menos a moverla.

–Ras, ras, ras.

Esta vez no tuvo la menor duda de que el sonido provenía de la urna. Con paso apresurado pasó junto a la estantería mirándola de reojo salió del laboratorio y cerró la puerta con llave. Se paró a respirar profundamente y subió hasta el despacho de Servando.

–¿Qué tal Claudia?

Dijo Servando al verla entrar en su despacho tras llamar a la puerta. Al ver la cara de preocupación de Claudia añadió enseguida:

– ¿Algo va mal con las muestras? ¿Algún accidente en el laboratorio?

–No, no. Pero hay un ruido extraño en el sótano... y sale de la urna de la momia.

–No te imaginarás que hay algo extraño. Sabes que lo que insinúas no puede ser.

–No me imagino ni insinúo nada, -Repuso Claudia- pero estoy intranquila. ¿Puedes venir a ver qué es?

Servando sonrió un poco socarronamente, pero asintió:

–Vamos para allá.

Cuando llegaron al laboratorio, Claudia dejó que Servando abriese la puerta y pasó tras él. Servando se plantó decididamente ante la estantería y deslizó la urna hacia fuera.

Ambos quedaron mirando fijamente la momia a través del cristal. Tras unos segundos Servando comentó:

–Como ves, la momia no puede hacer ni hace ningún ruido –. Para romper la tensión del momento añadió: A ver, déjame ver cómo van esas muestras.

Se dirigió hacia la plataforma donde se encontraban las muestras cortadas ese día y los anteriores y comenzó a observarlas. Claudia estaba incómoda por haber dado una mala impresión, pero siguió a Servando y siguió con atención la revisión que él hacía de las muestras.

–Ésta la has dejado un poco irregular. Te va a costar bastante pulirla. Debes comenzar con el carborundo de grano 400 para tardar un poco menos en dejarla completamente lisa.

Cuando Servando acabó su comentario, un sonido acaparó la atención de ambos:

–Ras, ras, ras.

Claudia soltó un pequeño grito.

–¿Ves?

–No veo, oigo - Respondió Servando, pero su sonrisa ahora era un poco nerviosa.

–Evidentemente lo que estamos pensando no puede ser. Tiene que haber una explicación racional

–Ras, ras, ras.

El sonido resonó en el laboratorio, ahora completamente en silencio. Claramente provenía del lugar donde se encontraba la urna.

Servando se acercó a un metro de la estantería y miró fijamente hacia el borde de la urna que sobresalía de la misma. Claudia quedó detrás de Servando, cada vez más nerviosa.

–Ras, ras, ras.

El sonido parecía proceder de la urna. Servando se acercó con movimientos lentos hasta la estantería y de nuevo deslizó fuera la urna, en esta ocasión con mucha más lentitud. Allí estaba la momia en la misma posición de siempre y aparentemente sin ninguna actividad. Servando y Claudia quedaron con la mirada fija en la momia esperando no se sabe qué, pero Claudia se imaginaba a la momia saltando repentinamente sobre ellos y se parapetó tras el corpachón de Servando.

–Ras, ras, ras.

–Está claro que el sonido no sale de la momia, sino de las cajas que hay detrás.

Dijo Servando con un suspiro de alivio que le reveló a Claudia que él también había estado en tensión y con cuidado sacó totalmente la urna de la estantería. A continuación empezó a mover suavemente las cajas que había detrás hasta dar con una que parecía casi vacía. Con sumo cuidado se asomó a la misma. Una abierta sonrisa se dibujó en sus labios.

–Lo que se metía en el laboratorio no era un gato, sino una gata. Dijo mostrando a Claudia tres preciosos gatitos de apenas unos días de vida que se movían inquietos en la caja y añadió:

–Pobrecillos, al cerrar la ventana se han quedado aislados de su mamá.

Sergio Rodríguez García

SERGIO RODRÍGUEZ GARCÍA es catedrático de Paleontología de la Universidad Complutense de Madrid, donde imparte Geología y Paleontología desde el año 1980. Se siente afortunado de poder trabajar en lo que más le gusta, la docencia y la investigación. Es miembro de Geodivulgar desde 2015, aunque antes ya había colaborado con el proyecto esporádicamente. Una de sus aficiones es escribir versiones "noveladas" de las anécdotas que le han sucedido durante sus muchos años académicos.

POSTDOCTORAL ONÍRICA

A Sole y a sus sueños geniales

Todo el mundo me decía lo mismo: ¡Qué suerte! ¡Cuánto viajas! ¡Y ahora dos años en Estados Unidos! Yo no les contestaba. Claro que era una suerte, yo había pedido ese contrato postdoctoral, y por supuesto que quería que me lo dieran. Pero al mismo tiempo dudaba de si merecía la pena, otro viaje más, y esta vez por dos años. La verdad es que no quería ir. Estaba harta de viajar, quería vivir y trabajar en mi país, estar en mi casa, levantarme por las mañanas y regar los geranios de mi ventana. ¿Era tanto pedir? Pero cuando pensaba todas estas cosas reculaba mentalmente, tenía que estar contenta, esto era una oportunidad de seguir mejorando mi *curriculum*. Quizás, a mi vuelta, tendría suficientes publicaciones para que me dieran un contrato Ramón y Cajal y poder seguir dedicándome a la investigación. O quizás no, la cosa estaba muy mala. En cualquier caso sabía que tenía que intentarlo. Mis geranios (y el resto de mis planes de vida) tendrían que esperar. Como decía mi futuro jefe gringo, la ciencia necesitaba personas dispuestas a trabajar “*at any cost*”. Yo no estaba de acuerdo, pero a veces conviene disimular, y que parezca que estás tan pirada como ellos.

Faltaban sólo dos días para coger el avión a Colorado. Me quedaban tantas cosas por hacer que estaba atacada de los nervios y no conseguía dormir. Después de muchas vueltas de la cama al sillón me quedé frita. Entonces tuve el sueño: me habían dado una beca postdoctoral para estudiar la luna. Yo decía al comité evaluador: ¡Debe ser un error! ¡Yo soy experta

en paleontología, no en geoquímica de rocas ígneas! Todo era confuso. Hablaban entre ellos en inglés, yo entendía la mitad, no sé si no sabían qué era la paleontología o pensaban que quizá encontrara algún fósil en la Luna. El caso es que la beca era para mí, y aquellos señores me dieron unos documentos que firmé y comencé mi formación en el acto. Entonces comprendí que no querían sentarme en un microscopio para estudiar láminas delgadas de meteoritos o rocas lunares. Tampoco se trataba de estudiar la luna mediante técnicas de teledetección. No, aquellos señores pretendían prepararme para que al cabo de dos meses yo participara en una misión espacial. Aunque nada tuviera sentido yo estaba exultante: ¡había sido elegida para ir a la Luna!

Pasé dos meses de vértigo en aquellas instalaciones. Hice la formación con dos ingenieros gringos y una bioquímica china. Por las mañanas, yo recibía clases sobre la utilización del equipo raman transportable con el que debería analizar las rocas *in situ*. Por las tardes nos juntaban a los cuatro, y nos preparaban en temas más relacionados con la vida en la nave y la adaptación a la gravedad lunar. Después de cenar nos reuníamos con el equipo psicológico para hacer dinámicas de grupo absurdas que se supone nos ayudarían para cuando allí arriba surgiera algún problema.

Finalmente, llegó el día, y viajamos a la Luna. No tengo palabras para describir aquello. Ver la Tierra cada vez más chiquitita. Caminar por la Luna, pegar saltos, tomar muestras mano a mano con la china. Trabajar en el módulo lunar procesando todos esos espectros, comparando con los minerales terrestres, formulando hipótesis y descartándolas para formular otras nuevas. Y así pasaron los días en aquel estado de exultación científica en el que vivíamos, hasta que cumplimos objetivos y plazos y llegó el momento de la vuelta.

En tierra, la china y yo rematamos los informes y concedimos entrevistas a la prensa. Teníamos material de trabajo para toda la vida y tal vez varias reencarnaciones, pero lo realizarían otros, nuestra misión había terminado con la recogida de datos. Las becas se habían terminado.

Yo me sentía muy desubicada y me fui una temporada a casa de mis padres. Entonces llegó la noticia: ¡Me habían denegado el contrato Ramón y Cajal! ¡Volvía al paro! Indignada, me presenté en el Ministerio de Economía y Competitividad y monté un pollo. ¿Cómo era posible? –gritaba a los evaluadores– ¡Yo había trabajado mucho para conseguir ese contrato! ¡Tenía muchas publicaciones! Tenía estancias largas en el extranjero ¡y una beca postdoctoral en la Luna! ¿Qué más querían?

Mis gritos a los evaluadores me despertaron de golpe. Tardé un rato en recapitular todo mi sueño y entonces me entró la risa floja: no sé qué era más difícil, si conseguir un contrato de investigador en España o viajar a la Luna. Lo que sí supe es que estaba tan pirada como mi jefe gringo.

Laura González Acebrón

LAURA GONZÁLEZ ACEBRÓN es profesora del departamento de Estratigrafía desde el año 2011. Le encanta dar clase y dar a conocer la geología a todos los públicos. Por esta razón es miembro del proyecto Geodivulgar y de la asociación Ciencia sin Barreras. Su tema de investigación favorito son las inclusiones fluidas, diminutas gotas de líquido y gas que quedan atrapadas en los minerales durante su crecimiento, y que nos cuentan en qué condiciones de temperatura y salinidad se formaron dichos minerales en el pasado.

EL HIELO DE DECEPCIÓN

La sensación de irrealidad no había abandonado a León desde que había atravesado los Fuelles de Neptuno, el pequeño estrecho que daba paso a la Bahía Foster. El paisaje de la Isla Decepción era como estar de pronto en un sueño, en una película. Desde que supo que podría continuar con su investigación viajando a la propia Antártida había estado emocionado, pero la ilusión por lo que aquello suponía para su trabajo no lo había preparado para lo que iba a contemplar allí.

En su imaginación, esperaba que todo fuera blanco. Su idea de la Antártida era la que había adquirido a base de películas: la eterna capa de hielo, las continuas tormentas de nieve. Nunca se le había ocurrido imaginar que le recibirían unos riscos de tonos rojos, negros, amarillentos y pardos, que vería el verde de la hierba cubriendo las zonas más suaves de la ladera, mezclado con el blanco inmaculado de la nieve y el hielo que lo coronaban todo.

La Bahía Foster era el resultado del colapso de una caldera volcánica, y los Fuelles de Neptuno eran la única entrada navegable al interior de la isla, con su característica forma en herradura. Una vez en su interior, se podía ver el Monte Pond, el volcán más alto de la isla, activo hoy en día. Cubierto de nieve parecía una inofensiva montaña, pero hacía varias décadas había destruido las bases chilena y británica. A sus pies, en la Bahía Balleneros, se encontraban los restos de la antigua estación ballenera, con los tanques de aceite abandonados erigiéndose como un oscuro recordatorio del pasado de la isla.

León no dio crédito a lo que veía cuando sus ojos descubrieron el glaciar negro. Había sido cubierto por la oscura ceniza volcánica, y las líneas negras que había en el interior del hielo,

curvándose y mostrando las deformaciones que sufría el glaciar, mezcladas con el blanco del mismo, resultaban hipnóticas. Alguien le dio un codazo y le señaló la costa contraria. En la Bahía Fumarolas se encontraban unos edificios rojos, bajos y alargados: la base Gabriel de Castilla, en la que León iba a pasar los próximos meses.

—¡León! Deja de mirar los pingüinos y sigue dibujando —su compañera, Bórea, le instó para que volviera al trabajo—. Deja los animales para los biólogos.

Ya hacía un par de días que estaba en la isla, y aún le resultaba todo increíble. Los dos geólogos habían subido al Monte Pond para muestrear la roca volcánica, buscando caracterizar las erupciones posteriores al colapso de la caldera, pero León ya llevaba un rato mirando a su alrededor con los prismáticos. Desde allí arriba podían ver la Costa Recta, que se encontraba llena de pingüinos.

—¿Lo que hay en la playa es una foca tigre?

—Puede ser. Hay tanto focas wedell como tigres... Pero deja de darle vueltas y vuelve al volcán.

León reabrió su cuaderno de campo y siguió con el esquema del afloramiento, indicando los puntos de los que su compañera tomaba las muestras.

—¿No son peligrosas?

—No demasiado, no suelen atacar a humanos. Pero son curiosas, por su culpa hace unos años murió una investigadora británica. Una foca tigre decidió jugar con ella y la hundió más de lo que estaba preparada para soportar. De todos modos, más peligroso es el hielo...

—Y más espectacular.

–¿Verdad? Puede que los volcanes sean mi trabajo, pero desde que llegué estoy enamorada del glaciar negro. La forma en la que la ceniza se mezcla con el hielo, como si fueran estratos, y muestra los pliegues y fracturas del glaciar es preciosa... Y bastante útil.

–Va a ser una relación difícil, ¿no? Él es muy frío, ¿crees que te corresponde?

Bórea rió.

–No, me temo que es un amor no correspondido –guardó las muestras y se giró hacia él–. ¿Has acabado con el esquema?

León asintió, guardando el cuaderno y los lápices.

–Entonces vamos bajando, hay que muestrear las capas de ceniza del glaciar y se nos va a hacer tarde. Prevén tormenta para mañana, así que necesitamos que nos cunda hoy.

–¿No trabajamos si hay tormenta?

–León, esto es la Antártida. Con las velocidades que llega a alcanzar el viento, el hielo y la nieve, como mucho podemos ir a ver a los colegas de la base Argentina, pero olvídate de subidas complicadas o de mover el barco. De momento hemos tenido unos días perfectos, pero ya verás que estas tierras no siempre son tan tranquilas. Venga, vamos, que esas cenizas nos esperan.

Ambos geólogos se pusieron en marcha. Las erupciones que estaban estudiando eran principalmente freatomagmáticas, aunque había algunas pocas efusivas que habían dejado basaltos y andesitas en el exterior de la isla. Esperaban que la ceniza atrapada por el hielo del glaciar del Monte Pond pudiera aportar nueva información sobre las erupciones más recientes que había sufrido la isla.

–En los setenta hubo una erupción bajo el glaciar, ¿no?

–En el sesenta y nueve, en realidad, la del setenta es otra, en la zona Norte de la isla. La del sesenta y nueve es la que provocó el abandono definitivo de la base británica. Está bastante bien estudiada, en parte porque los científicos británicos la describieron en detalle, pero la interacción de la lava con los glaciares no es sencilla y aún quedan detalles por entender. Tengo algo de bibliografía sobre ella, te dejaré que le echés un vistazo.

Llegaron al glaciar y continuaron con el trabajo, hablando sobre las erupciones de la isla, las fumarolas y los “baños termales” improvisados que los científicos podían hacer en la playa, donde excavando un poco en seguida se encontraba agua caliente. El día transcurría sin complicaciones, ameno y productivo. Bórea se movía con comodidad sobre el hielo, pues llevaba varios años trabajando en las campañas de verano en la isla, pero León aún se movía con algo de torpeza, entre las capas de abrigo y el suelo resbaladizo.

Aún faltaban algunas horas para que tuvieran que regresar a la base, cuando un pequeño seísmo sacudió la isla. Los terremotos leves eran habituales en Decepción, y Bórea rápidamente recuperó el equilibrio... Pero León resbaló. Rodó unos metros por el hielo, y terminó cayendo en uno de los crevasses del glaciar, dejando escapar una exclamación de dolor.

Bórea se acercó todo lo rápido que pudo.

–¡¡¡León!!! ¿Estás bien?

Él miró hacia arriba, algo atontado por el golpe.

–Sí... Creo. No lo sé. Me duele el pie derecho... El tobillo más bien...

La grieta no era muy profunda, pero sí lo suficiente como para impedir que saliera por sus propios medios. Además, rodeado

de hielo, el frío era aún más notable que en superficie. Se incorporó, pero no se vio capaz de moverse mucho más.

–Quédate quieto. Voy a pedir ayuda.

León pudo oír a su compañera dar unos pasos y activar la radio. La voz distorsionada que respondió a sus nerviosas explicaciones le llegaba muy lejana. No podía prestar atención a la conversación, pero quería desconectar del dolor en su tobillo. Comenzó a mirar el hielo a su alrededor. La luz ahí abajo llegaba desde todas partes, transmitida por el hielo. Los reflejos en el interior del mismo le recordaron a las reflexiones internas que mostraban los minerales de la ganga en el microscopio de reflexión. Los tonos blancos y azules, mezclados con algunos grises por la presencia de la ceniza volcánica, lo rodeaban todo ahí abajo...

Y el frío cada vez era más intenso.

Oyó que Bórea le llamaba. Le dijo que habían enviado ayuda a través de la Bahía, que no tardaría en llegar alguien, que no se preocupara. Que seguro que no le pasaba nada grave en la pierna y que le iban a sacar de ahí en seguida, pero que se mantuviera despierto, que le respondiera para no dormirse. A él se le ocurrió pensar que, si se había roto algo, tal vez tendría que volver. Dejar la campaña en la Antártida, solo unos días después de que empezara.

–León, por lo que más quieras, respóndeme– Bórea sonaba asustada, preocupada. No podía seguir en silencio.

–Al final sí va a ser un amor correspondido.

–¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

–El glaciar, que seguro que me ha hecho esto por celos.

Un breve silencio siguió a la broma.

–Eres idiota– respondió secamente. No parecía dispuesta a tomarse con humor la situación–. ¿Cómo te encuentras?

–Estoy bien... Pero hace mucho frío aquí abajo. Aunque es precioso. ¿Tendré que volver si me he roto algo?

–Supongo que depende de la gravedad de la lesión... Pero no te preocupes, no pienses en eso ahora. ¿Te duele algo más?

–Creo que voy a tener algún moratón en las piernas, pero podría ser peor. Y apenas lo noto, con el dolor del tobillo y con el frío...

–Bueno, tú sigue hablando...–Mientras hablara con normalidad, estaría a salvo de la hipotermia. Ya se empezaría a preocupar si comenzaba a afectarle al habla–. Has dicho que es precioso, ¿qué ves ahí abajo?

–La luz es distinta... ¿Sabes de fotografía, sabes lo que es un difusor? Pues el hielo está haciendo ese papel. Y se ve todo azulado, blanquecino y grisáceo. Hay reflejos por todas partes – miró hacia arriba y vio a su compañera asomada a la grieta. Parecía cerca, pensó que tal vez podría salir por sus propios medios... Si no le doliera el tobillo, y si las paredes que lo rodeaban no fueran resbaladizos bloques de hielo.

Continuaron hablando. León, entre escalofríos, arrojó un par de bromas más: *“en realidad he bajado aquí para muestrear ceniza de capas más profundas, lo tenía todo planeado”, “igual adquiero súper poderes de hielo y me convierto en Mr. Glaciar, el héroe antártico”*. En cierto modo, a Bórea le tranquilizaba que se lo tomara con humor, pero ella misma estaba demasiado preocupada como para soportar chistes en ese momento. Llegado a cierto punto comenzó a sentir algo de calidez. Se preguntó si se estaría recuperando, pero el entumecimiento en sus manos sugería que tal vez era una muy mala señal. Bórea de vez en cuando hablaba por radio con el equipo de rescate, pero no dejó de darle conversación en ningún momento. De vez

en cuando preguntaba por su movilidad, si podía juntar los dedos, o mover las piernas y los brazos, le insistía en que evitara quedarse completamente quieto e informaba a los que venían.

Finalmente los militares encargados de los rescates llegaron hasta ellos. No tardaron en sacar a León de la grieta, cubrirlo con mantas térmicas y ponerle un termómetro. “*Hipotermia leve*”, oyó que decían. Le llevaron rápidamente a la base, obligándole a moverse y frotándole para tratar de elevar su temperatura corporal. El trayecto en barco y la llegada a la enfermería fueron momentos confusos para él, entumecido como se encontraba, tanto ajetreo y actividad le resultaban difíciles de seguir, así que no prestó demasiada atención a lo que pasaba.

Un vendaje, mucho calor y una siesta después, León se despertaba en la enfermería de la base española en Decepción.

–Hey, veo que ya estás despierto, ¿cómo te encuentras? – Bórea estaba sentada en una silla de la habitación, cerca de la puerta.

–Mucho mejor... ¿Se ha disculpado el glaciar por el ataque de celos?

–En serio, eres idiota, ¿no tienes nada más importante que decir?

–Eh, es sano tomarse las cosas con humor... –León dudó un momento, acordándose de algo que le había preocupado– ¿Al final qué es lo de la pierna...?

–Sólo un esguince. Has tenido suerte con esa caída. La parte “mala” es que eso te va a dejar hacer trabajo de laboratorio, así que nada de vacaciones.

La sonrisa de León dejó claro que no le molestaba lo más mínimo tener que trabajar. ¿Cómo iba a importarle? Lo que le

preocupaba era tener que irse si la lesión era grave. Se incorporó y se sentó en un lateral de la cama.

–Entonces ya puedo andar por aquí, ¿no?

–En teoría sí... Tienes ahí unas muletas para que no tengas que apoyar demasiado el pie. Pero es muy tarde, lo mejor sería que cenaras algo y te fueras a dormir.

Ya en su cuarto, León se asomó a la ventana. La cantidad de estrellas que se podían ver en el cielo nocturno de la Antártida era espectacular, la falta de contaminación lumínica permitía un espectáculo impensable en las ciudades españolas. La Luna se reflejaba en el hielo y en el agua de la bahía, y las zonas de la isla que no estaban cubiertas de nieve se alzaban como siluetas oscuras.

Podía ser un lugar hostil, peligroso si se iba sin cuidado... Pero merecía la pena.

Isabel Rodríguez García de Castro

ISABEL RODRÍGUEZ GARCÍA DE CASTRO nacida en 1995 e hija de geólogos, reside en Pozuelo de Alarcón (Madrid, España). Se encuentra en su tercer año como estudiante del Grado en Geología en la Universidad Complutense de Madrid. Interesada por todo lo relacionado con la naturaleza y aficionada a escribir desde pequeña, ha ganado varios concursos escolares en el instituto.

“Érase una vez la Geología 2” es una antología que reúne los escritos premiados, presentados al segundo Certamen de Relatos Geológicos convocado por el Proyecto Geodivulgar: Geología y Sociedad (Universidad Complutense de Madrid) en 2015, así como varios relatos fuera de concurso.

En este segundo volumen pueden leerse tanto relatos de ficción como aquellos basados en acontecimientos reales que incluyen en su trama aspectos de distintas ramas de la Geología, como la Geología Histórica, la Paleontología, la Petrología, la Mineralogía o los Procesos Geológicos.

Entidades Colaboradoras y Patrocinadoras



CENIEH
Centro Nacional de Investigación
en Evolución Humana



MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD



Instituto Geológico
y Minero de España